



Voltaire

El hombre de
los Cuarenta
Escudos



E LEJANDRIA



Voltaire

El hombre de
los Cuarenta
Escudos

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS

VOLTAIRE

PUBLICADO: 1768

FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE

TRADUCCIÓN: JOSÉ MARCHENA

**EDICIÓN ORIGINAL: BIBLIOTECA PEROJO, 1878, MADRID,
CORRECCIÓN POR ELEJANDRÍA. SE CORRIGE LA ORTOGRAFÍA
Y SE MODERNIZAN TÉRMINOS ARCAICOS.**

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS

Un buen viejo, que siempre se está quejando del tiempo presente y alabando el pasado, me decía un día: —Amigo, Francia no es tan rica como lo era en tiempo de Enrique IV. —¿Y por qué? —Porque no están los campos tan bien cultivados; porque faltan brazos para la labranza; porque, habiendo los jornaleros encarecido sus jornales, dejan muchos colonos sus tierras sin labrar. —¿De dónde viene esa escasez de obreros? —De que todo aquel que ha visto que tenía algo de habilidad ha tomado el oficio de bordador, de grabador, de relojero, de tejedor de seda, de procurador o teólogo. De que la revocación del Edicto de Nantes ha dejado un inmenso vacío en el reino. De que se han multiplicado las monjas y los pordioseros y, en fin, de que cada uno ha esquivado, en cuanto ha podido, las penosas faenas del cultivo de la tierra, para la que Dios nos ha criado, y que hemos reputado por ignominioso de puro juiciosos que somos.

Otra causa de nuestra pobreza es la muchedumbre de necesidades nuevas: pagamos a nuestros vecinos 18.000.000 por este artículo, 20 o 30 por aquel, por meternos en las narices un polvo hediondo que viene de América; el café, el té, el chocolate, la grana, el añil y las especias nos cuestan más de 200.000.000 de reales al año. Nada de esto era conocido en tiempo de Enrique IV, como no fuesen las especias, de las que se hacía mucho menos consumo. Gastamos cien veces más cera, y más de la mitad nos

viene de país extranjero porque no cuidamos de propagar las abejas. Las vecinas de París y demás ciudades grandes llevan hoy al cuello, a las manos y a las orejas más diamantes de los que tenían todas las damas de palacio, sin exceptuar a la reina, y casi todas estas superfluidades las hemos tenido que pagar en dinero contante.

No omita usted que pagamos más de 60.000.000 de réditos a los extranjeros, y que cuando subió Enrique IV al trono, habiendo encontrado una deuda de 8.000.000, reembolsó parte del principal para aliviar de esta carga al Estado. Contemple usted que nuestras guerras civiles habían traído a Francia los tesoros de México, queriendo Don Felipe el Prudente comprar el reino, y que después las guerras en país extranjero nos han aligerado de la mitad de nuestro dinero.

Estas son en parte las causas de nuestra pobreza, que escondemos bajo techos barnizados y con los artificios de nuestras modistas; somos pobres de gusto fino. Asentistas, empresarios y comerciantes hay riquísimos, muy ricos son sus hijos y sus yernos, pero la nación en general es pobre.

El raciocinio, bueno o malo, de este viejo me hizo mucha impresión, porque el cura de mi parroquia, que siempre me quiso bien, me enseñó algo de historia y geometría, y empiezo a discurrir, cosa muy rara en mi tierra. Yo no sé si llevaba razón; pero como soy muy pobre, no se me hizo difícil creer que tenía muchos compañeros.

Quiero que sepa el universo que tengo una tierra que me valdría CUARENTA ESCUDOS limpios si no fuese por los tributos que paga.

Salieron varios edictos de algunas personas que, hallándose ociosas, gobiernan el Estado desde un rincón de su chimenea, y era el preámbulo de dichos edictos que la *potencia legisladora y ejecutora* por derecho divino es copropietaria de mi tierra, y le debo la mitad, cuando menos, de cuanto como. Me santigüé tres veces contemplando la enormidad del estómago de la potencia legisladora y ejecutora. ¿Pues qué sería si esta potencia, que preside el orden

esencial de las sociedades, se llevara mi tierra toda entera? Cosa más divina todavía fuera esta que la otra.

El excelentísimo señor ministro de Hacienda sabe muy bien que, contándolo todo, no pagaba yo más que 44 reales, lo cual ya era para mí una carga muy pesada, y que no hubiera podido sobrellevar si no me hubiera favorecido Dios con la habilidad de hacer cestos de mimbre, con lo cual ganaba para subvenir a mi pobreza. ¿Pues cómo he de poder dar de repente al Rey 36 ESCUDOS?

En su preámbulo decían también los nuevos ministros que los campos son los únicos que deben pagar, porque todo, hasta las lluvias, viene de la tierra; y que, por consiguiente, los frutos de la tierra son los únicos que deben la contribución.

Durante la última guerra vino uno de esos alguaciles a mi casa y me pidió por mi cupo tres fanegas de trigo y un costal de habas, valor en todo de 20 escudos, para continuar la guerra que se estaba haciendo, sin que haya podido averiguar yo por qué, y sin saber otra cosa sino que en la tal guerra, según decían, no iba Francia a ganar nada y aventuraba perder mucho. Como a la sazón no tenía trigo, ni habas, ni un ochavo, la potencia legisladora y ejecutora me hizo meter en la cárcel, y continuó la guerra como Dios le dio a entender.

Al salir del calabozo con solo el pellejo y los huesos, di de manos a boca con un hombre rollizo y colorado que iba en un coche de seis caballos con seis lacayos detrás, a cada uno de los cuales le daba un salario del doble de lo que yo tenía; su mayordomo, que estaba tan de buen pasar como él, ganaba 8.000 reales de salario cada año y robaba otros 80.000; su amante no le costaba más que 40.000 escudos cada medio año. A este sujeto le había yo conocido cuando estaba más pobre que yo, y para mi consuelo me dijo que disfrutaba de una renta corta de millón y medio de reales. —Según eso, pagará usted 750.000 al Estado —le dije— para sustentar la ventajosísima guerra que estamos haciendo; porque yo, que no tengo más que CUARENTA ESCUDOS de renta, pago la mitad.

—¡Yo contribuir a las urgencias del Estado! —me dijo—. Usted bromea, amiguito. He heredado a un tío que había ganado 30.000.000 de reales en Cádiz y en Surat, y no soy dueño ni de un celmín de tierra; todo mi caudal consiste en créditos sólidos y buenas letras de cambio, conque así nada debo al Estado. Usted, que es señor de tierras, sí que debe pagar la mitad de su subsistencia. ¿Pues no ve que si me pidiese el ministro de Hacienda algún socorro para la patria sería un majadero que no entendiera de cálculo? Todo viene de la tierra; el dinero y los vales no son otra cosa que prendas de las permutas; en vez de poner a un naipe a la banca 100 cargas de trigo, 100 vacas, 1.000 carneros y 200 fanegas de cebada, pongo yo un montón de oro que representa todos esos miserables géneros; y si después de haber cobrado la única contribución sobre dichos géneros me pidieran más dinero, ya ve usted que sería doble carga y pedir dos veces una misma cosa. Mi tío vendió en Cádiz por valor de 8.000.000 de reales de trigo de Francia y otros ocho de tejidos de lana, y en estas dos ventas ganó más de un 100 por 100. Bien ve usted que esta ganancia la hizo sobre tierras que habían pagado ya: lo que mi tío le compraba a usted por dos reales, lo vendía en México por 200, y deducido todo gasto ganó 30.000.000. Ya ve usted que fuera una injusticia horrorosa cobrarle un solo maravedí de los dos reales que a usted había pagado. Si veinte sobrinos como yo, cuyos tíos en México, en Buenos Aires, en Lima, en Surat o en Pondicherry hubiesen ganado 30.000.000, prestaran al Estado 50.000 reales cada uno en una necesidad urgente, el tal empréstito ascendería a 1.000.000 de pesos: figúrese usted tamaño horror. Pague usted, amiguito, pues disfruta en paz una renta de CUARENTA ESCUDOS limpios de polvo y paja; sirva con celo a la patria y véngase de cuando en cuando a comer con mis criados.

Tan plausible razonamiento dio mucha materia a mis meditaciones, pero no fue parte para consolarme.

CONVERSACIÓN CON UN GEÓMETRA

Muchas veces sucede que no sabe uno qué responder y no queda convencido, y aunque se halla concluido, siente en lo interior de su corazón cierto escrúpulo, cierta repugnancia que le estorba creer lo que le han probado. Nos demuestra un geómetra que entre un círculo y una tangente podemos hacer pasar una infinidad de líneas curvas, y que no es posible que pase una recta; los ojos y la razón nos están diciendo lo contrario, y el geómetra responde con mucha prosopopeya que es un infinito de segundo orden; uno se calla y se queda pasmado, sin haberse formado idea clara ninguna, sin entender nada y sin replicarle. Consulta luego con un geómetra más ingenuo, el cual le dice: "Suponemos lo que no puede existir en la naturaleza, líneas con longitud y sin anchura: físicamente hablando, es imposible que una línea real sea penetrada por otra; ni curva ni recta, ninguna real puede pasar por entre dos líneas reales en su punto de contacto; todos estos son juegos del entendimiento y quimeras ideales, la geometría verdadera es el arte de medir las cosas existentes".

Me satisfizo mucho la confesión de este juicioso matemático, y en medio de mi desventura me eché a reír al ver que había charlatanería hasta en la ciencia llamada por antonomasia la ciencia sublime.

Era mi geómetra un ciudadano filósofo que algunas veces se había dignado a discurrir conmigo en mi pobre choza. Le dije: —Usted, caballero, ha procurado dar luz a los papanatas de París acerca de lo que más a los hombres importa, que es la duración de la vida humana; y el ministerio ha sabido por usted lo que ha de dar a los que ponen fondos a renta vitalicia, según la edad de cada uno; usted ha propuesto un medio para llevar a cada casa de París el agua que le hace falta y librarnos, en fin, del oprobio risible de oír pregonar "¿quién compra agua?" y de ver muchachos que suben

cubos de ella a un cuarto piso. Hágame usted, pues, el favor de decirme cuántos animales bimanos y bípedos hay en Francia.

EL GEÓMETRA: Dicen que hay unos 20.000.000, y yo adopto este avalúo que es muy probable, ínterin lo verifican, cosa que sería muy fácil y que aún no han hecho, porque nunca se piensa en hacerlo todo.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¿Cuántas fanegas de tierra piensa usted que tiene Francia?

EL GEÓMETRA: Ciento sesenta millones; cerca de la mitad en veredas, lugares, villas y ciudades, páramos, pantanos, arenales, terrenos estériles, conventos inútiles, jardines de recreo más agradables que útiles, tierras sin cultivo y tierras muy malas y peor cultivadas. Los campos que dan fruto se pueden reducir a 100.000.000 de fanegas; pero echemos ciento cinco, para que no se diga que andamos escasos con nuestra patria.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¿Cuánto cree usted que da cada fanega, un año con otro, término medio, de trigo y toda especie de semillas, vino, estanques, leña, metales, animales, frutas, lana, seda, leche, aceite, etc., deducidos los gastos y sin contar el impuesto?

EL GEÓMETRA: ¡Ah! Si una con otra produce 100 reales, es todo lo del mundo, pero contemos hasta 10 escudos por no desalentar a nuestros conciudadanos; tierras hay que dan hasta 100 escudos por fanega, y otras que no reditúan más de uno; la media proporcional entre uno y cien es diez, porque bien sabe usted que uno es a diez como diez es a cien. Bien es verdad que si hubiese muchas fanegas que diesen diez escudos y muy pocas que diesen cien, no saldría la cuenta; pero vuelvo a decir que no me quiero parar en pelillos.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¿Y cuánto reditúan en dinero los 105.000.000 de fanegas de tierra?

EL GEÓMETRA: La cuenta es clara: 1.050.000.000 de escudos, valor actual de la plata.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: He leído, no sé dónde, que el rey Salomón poseía 100.000 millones de reales en dinero efectivo; y cierto no hay más de 9.000.000.000 en circulación en Francia, que, según me han dicho, es un reino mucho mayor y más rico que el de Salomón.

EL GEÓMETRA: Eso es cosa de misterio. Acaso no llega a 4.000.000.000 el dinero que circula en Francia; pero como pasa de mano en mano para pagar todas las mercancías y todo cuanto se trabaja, un mismo escudo puede ir y volver mil veces del bolsillo del labrador al del tabernero y al del recaudador de tributos.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Ya entiendo. Pero usted me ha dicho que éramos 20.000.000 de habitantes entre hombres y mujeres, niños y viejos: ¿a cuánto toca a cada uno?

EL GEÓMETRA: Cincuenta escudos, poco más o menos.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Esa es casi mi renta; cinco fanegas de tierra tengo que, contando los años de barbecho con los del producto, me valen CUARENTA ESCUDOS, que es poquísima cosa. ¿Conque si cada uno tuviera igual porción de tierra, no tendría más de esa cantidad al año?

EL GEÓMETRA: Nada más, según mi cálculo, que he abultado un poco; esa es la condición del linaje humano. La vida y el caudal son cosas muy limitadas; en París, uno con otro, viven los hombres de veintidós a veintitrés años, y tiene 50 escudos anuales para su gasto cada francés; quiero decir que 50 escudos representan lo que usted come, lo que gasta en vestirse, en muebles, en alquiler de casa, etc.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¡Ay! ¿Qué mal le he hecho a usted, que así me priva de mi vida y mi caudal? ¿Conque es cierto que no tengo más que veintitrés años de vida, a menos que robe la parte de mis camaradas?

EL GEÓMETRA: Es cosa indubitable en la buena ciudad de París; pero de esos veintitrés años hay que quitar diez a lo menos de la niñez, porque los niños no gozan de la vida que se preparan a vivir. La infancia es el vestíbulo del edificio, el árbol que todavía no da fruto,

el crepúsculo del día. Quite usted ahora de los trece años que restan la mitad a lo menos de sueño y de aburrimiento, y quedan seis años y medio, que se van en pesares, enfermedades, fugaces contentos y esperanzas.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¡Dios mío! Según esa cuenta, no quedan ni tres años de una tolerable existencia.

EL GEÓMETRA: No es culpa mía. La naturaleza se cura muy poco de los individuos. Otros insectos hay que no viven más de veinticuatro horas y la especie dura siempre perpetua. La naturaleza es muy parecida a los príncipes ilustres que tienen en nada la pérdida de 400.000 hombres con tal que lleven a cabo sus augustos proyectos.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¡Cuarenta escudos y tres años de vida! ¿Y qué remedio encuentra usted para estos dos males?

EL GEÓMETRA: Para alargar la vida fuera necesario purificar el aire de París, que fuese la gente menos glotona, que hiciese más ejercicio, que las madres diesen el pecho a sus criaturas, que no tuviesen la necesidad de temer la inoculación; todo esto ya lo he dicho yo. En cuanto al caudal, lo más acertado es casarse y hacer muchachos y muchachas.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¿Conque el medio de vivir con comodidad es juntar mi miseria con la miseria ajena?

EL GEÓMETRA: Cinco o seis miserias juntas hacen un mediano bienestar. Con una mujer que trabaje, dos hijos y dos hijas, junta usted 300 escudos para su casita, suponiendo que la repartición sea igual y que tenga cada individuo 50 escudos de renta. Los hijos en la primera infancia cuestan muy poco, cuando son grandes ayudan; su auxilio le ahorra a usted casi todo gasto, y vive feliz como un filósofo, a menos que los señores que gobiernan el Estado cometan la barbaridad de sacar a cada uno de ustedes 25 escudos de contribuciones al año. Pero da la desgracia de que no estamos en el siglo de oro, en que todos eran iguales y tenían igual parte en las pingües producciones de una tierra no cultivada, y hoy estamos muy

distantes de que cada animal de dos pies y dos manos sea dueño de un campo que reditúe 50 escudos al año.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¡Ah, que nos quita usted el pan! Poco hace nos decía que en un país donde hay 100.000.000 de fanegas de buena tierra y 20.000.000 de habitantes le tocaban a cada uno 50 escudos de renta, y ahora nos los quita usted.

EL GEÓMETRA: Sí, pero contaba según los libros de caja del siglo de oro, y es menester contar según los del de hierro. Muchos habitantes hay que no tienen valor de 25 escudos de renta; otros que no tienen más de cuatro o cinco, y pasan de 6.000.000 los que no tienen ni un maravedí.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Pues esos se morirán de hambre al cabo de tres días.

EL GEÓMETRA: No por cierto, los otros que poseen sus porciones les dan que trabajar y parten con ellos, y así son pagados el teólogo, el confitero, el boticario, el predicador, el comediante, el procurador y el cochero. Usted se creía digno de compasión porque no tiene más de CUARENTA ESCUDOS que gastar al año, reducidos a cuatro o cinco por los que pecha; pues contemple a los soldados que vierten su sangre por la patria, y que a razón de seis cuartos al día no componen más de unos pocos reales, y viven muy alegres juntándose en ranchos.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Pues según eso un exjesuita tiene más de cinco veces la paga del soldado, aunque los soldados hayan hecho más servicios al Estado, a vista del Rey en Fontenoy, en Eaufeld y en el sitio de Friburgo, que cuantos pudiera alegar el reverendo padre La Valette.

EL GEÓMETRA: Eso es muy cierto, como lo es también que cada jesuita secularizado tiene más de lo que costaba a su convento, y muchos de ellos han ganado bastante dinero componiendo folletos contra los parlamentos, como el reverendo padre Patouillet y el reverendo padre Nonotte. En este mundo cada uno se ingenia; este dirige una fábrica de lienzo, aquel una de porcelana, estotro es empresario de la Ópera, uno compone la gaceta eclesiástica, otro

una tragicomedia o una novela al estilo inglés, y mantiene al papelerero, al fabricante de tinta, al librero, al encuadernador, que si no fuera por él pedirían limosna. Todo se resume en que la restitución de los escudos a los que nada tienen hace que florezca el Estado.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¡Lindo modo de florecer!

EL GEÓMETRA: Pues no hay otro: en todo país el rico hace que viva el pobre, y esa es la única vena de la industria mercantil. Cuanto más industrial es una nación, más ganancia saca de los extranjeros. Si sacáramos de los países extranjeros 40.000.000 de reales al año por la balanza de comercio, dentro de veinte años habría 800.000.000 más en el Estado, que serían 40 reales más por cabeza que repartir; esto es, que los negociantes harían ganar a cada pobre 40 reales más con la esperanza de hacer ganancias todavía más considerables. Pero el comercio tiene límites, lo mismo que la fertilidad de la tierra; si no, sería proceder en infinito; y luego no es cosa fija que la balanza de comercio nos sea siempre favorable; épocas hay en que perdemos.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Muchas veces he oído hablar de población. Si nos ocurriese hacer el doble de chiquillos que hacemos, si nuestra patria tuviese doble población, y que hubiese 40.000.000 en vez de 20, ¿qué sucedería?

EL GEÓMETRA: Que cada uno tendría 45 escudos menos que gastar uno con otro, o que fuera menester que redituara la tierra el doble de lo que reditúa, o que habría doble número de pobres, o que sería preciso tener doble industria y ganar doble en el comercio con los extranjeros, o enviar la mitad de la nación a América, o que la mitad de la nación se comiera a la otra.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Pues contentémonos con nuestros 20.000.000 de hombres y nuestros 50 escudos por cabeza, repartidos como Dios quisiere; pero esta situación es muy triste y el siglo de hierro muy duro.

EL GEÓMETRA: Ninguna nación hay que esté más rica y muchas hay que son más pobres. ¿Cree usted que haya en el Norte con qué repartir valor de 50 escudos a cada individuo? Si hubieran tenido el equivalente los hunos, los godos, los alanos, los vándalos y los francos, no hubieran desertado de su patria para ir a establecerse en otra, talándolo todo a hierro y fuego.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Si le escucho a usted, en breve me persuadirá de que soy feliz con mis CUARENTA ESCUDOS.

EL GEÓMETRA: Si se figura usted que lo es, lo será sin duda.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Nadie se puede figurar lo que no es, a menos de estar loco.

EL GEÓMETRA: Ya le he dicho a usted que para vivir con más desahogo y más feliz es preciso que se case; pero añado que su mujer ha de tener CUARENTA ESCUDOS de renta como usted, quiero decir cinco fanegas de tierra a OCHO ESCUDOS la fanega. Los antiguos romanos no tenían cuatro cabales. Si sus hijos son laboriosos, podrá ganar otro tanto cada uno trabajando para lo demás.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¿Conque no han de poder tener dinero sin que lo pierdan otros?

EL GEÓMETRA: Esa es la ley de todas las naciones, y a ese precio vivimos todos.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¿Y ha de ser forzoso que demos mi mujer y yo cada uno la mitad de nuestra cosecha a la potencia legisladora y ejecutora, y que se lleven los nuevos ministros la mitad del precio de nuestro sudor y de la sustancia de nuestras pobres criaturas antes de que puedan ellas ganar la vida? Ruego a usted que me diga cuánto dinero meten en las arcas reales nuestros nuevos ministros.

EL GEÓMETRA: Usted paga 36 ESCUDOS por cinco fanegas de tierra que rinden 40; el rico que posee 500 fanegas pagará proporcionalmente, y 100.000.000 de fanegas darán al rey una suma inmensa.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Tan impracticable me parece eso como imposible.

EL GEÓMETRA: Tiene usted muchísima razón; y esa imposibilidad es una demostración geométrica de que el raciocinio de nuestros nuevos ministros adolece de un vicio radical.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¿Pues no es cosa demostrada que es una monstruosa injusticia sacarme la mitad de mi trigo, de mi cáñamo, de la lana de mis carneros, etc., y no exigir pecho ninguno de los que hayan ganado 40, 80 o 100.000 reales con mi cáñamo, tejiendo lienzo; con mis lanas, fabricando paños, y con mi trigo, vendiéndolo más caro de lo que lo compraron?

EL GEÓMETRA: Tan evidente es la injusticia de esa administración como errado su cálculo. Es necesario favorecer la industria, pero también lo es que la industria opulenta socorra al Estado. Cosa es demostrada que esta industria le ha quitado a usted parte de sus CUARENTA ESCUDOS, que se ha apropiado vendiéndole sus camisas y su vestido veinte veces más caros de lo que le hubieran costado si se los hubiera hecho usted propio. Confieso que el fabricante que a costa de usted se ha hecho rico ha dado un jornal a sus oficiales que nada propio tenían; pero ha retenido cada año una cantidad para sí, que al cabo le ha valido 10.000 escudos de renta. Luego ha ganado este caudal a costa de usted, y nunca podrá venderle usted sus géneros tan caros que se pueda resarcir de lo que ha perdido en lo que le ha comprado; porque si quisiera encarecerlos, los traería el de país extranjero más baratos. La prueba de que así sucede es que sus 10.000 escudos de renta no van a menos, mientras que los CUARENTA de usted no aumentan, y muchas veces en lugar de aumentar, se disminuyen. Por tanto, es necesario y conforme a la equidad que pague más la industria fina del comerciante que la tosca del labrador. El mismo principio milita respecto a los recaudadores de los caudales públicos. Antes de que nuestros grandes ministros le quitasen a usted 36 ESCUDOS, pagaba 4, de los cuales retenía el publicano 2 reales para sí; de suerte que si en la provincia de usted hay quinientas mil almas, habrá ganado 1.000.000 de reales al año;

y suponiendo que gaste 200.000, es claro que al cabo de diez años tendrá un caudal de 8.000.000. Justo es que contribuya a proporción, sin lo cual todo andaría pervertido y trastornado.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Doy a usted mil gracias por haber hecho pechero a ese asentista; que con eso se alivia mi imaginación. Pero, habiendo él aumentado tanto sus sobras, ¿cómo haré yo para aumentar también mi pobre peculio?

EL GEÓMETRA: Ya lo he dicho: casándose, trabajando y procurando sacar de la tierra algunas espigas más de las que antes producía.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Supongo que he trabajado mucho, que la nación entera ha hecho lo propio, que la potencia legisladora y ejecutora ha cobrado más pechos: ¿cuánto habrá ganado la nación al fin del año?

EL GEÓMETRA: Ni un ochavo, a menos que haya hecho un comercio exterior ventajoso; pero habrá vivido con más comodidad, y cada uno a proporción habrá tenido más vestidos, más camisas y más muebles que antes tenía. En el Estado habrá habido una circulación más abundante; con el tiempo habrán aumentado los jornales casi a proporción del número de haces de trigo, de vellones de carnero, de cueros de bueyes, de venados y de cabras que se hayan curado, de racimos de uvas que en el lagar se hubieren pisado. El rey habrá recaudado más valores de géneros en dinero, y habrá pagado más de dichos valores a los que trabajan por su orden; pero no habrá un maravedí más en todo el reino.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¿Pues qué le quedará a la potencia al cabo del año?

EL GEÓMETRA: Nada, vuelvo a decir; y eso es lo que a toda potencia sucede. Esta no atesora; se ha mantenido, vestido, alojado y alhajado su casa; y lo mismo han hecho todos, cada uno a proporción de sus facultades. Si la potencia atesora, saca de la circulación todo el dinero que amontona y hace miserables a otros tantos cuantas pilas de escudos encierra en sus arcas.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Pues, según eso, nuestro gran Enrique IV era un ruin, un roñoso y un estafa-buenos, según me han dicho; había zampado en la Bastilla más de 200.000.000 de reales.

EL GEÓMETRA: Enrique IV era un monarca tan prudente y bueno como esforzado; se estaba disponiendo para una guerra justa y, amontonando en sus arcas 90.000.000 de reales, moneda de entonces, y teniendo que recibir otros 80 que dejaba en circulación, ahorra a su pueblo más de 400 que le habrían costado si no hubiera tomado esta acertada medida; y estaba moralmente seguro de triunfar de un enemigo que encontraba desprevenido: el cálculo de probabilidades era todo a su favor.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Bien me lo había dicho mi anciano, que a proporción éramos más ricos bajo el ministerio del duque de Sully que bajo el de los nuevos ministros que han puesto la única contribución, y me han llevado 36 ESCUDOS DE LOS 40 QUE TENGO. Ruego a usted que me diga si hay alguna nación en el mundo que disfrute el exquisito beneficio de la única contribución.

EL GEÓMETRA: Ninguna opulenta. Los ingleses, que no son muy tentados de la risa, se han echado a reír cuando han sabido que unos hombres de talento habían propuesto una idea semejante en nuestro país. Los chinos exigen un derecho de todo navío mercante que arriba a Cantón; los holandeses adeudan uno en Nagasaki cuando son admitidos en Japón, con pretexto de que no son cristianos. Verdad es que los lapones y samoyedos pagan una contribución única en pieles de marta, y que la república de San Marino no paga más que el diezmo para mantener el esplendor del Estado.

En nuestra Europa hay una nación célebre por su justicia y su valor que no paga pecho ninguno, que es el pueblo helvético; pero lo que sucede es que este pueblo se ha subrogado a los duques de Austria y Zähringen. Los cantones chicos son democráticos, y cada habitante paga una moderadísima suma para las urgencias de la pequeña república: en los cantones ricos recibe el Estado los censos que cobraban los archiduques de Austria y los que tenían el señorío

de lugares. Los cantones protestantes son a proporción más ricos que los católicos, porque el Estado posee los bienes que fueron de frailes. Los que antes eran vasallos de los archiduques de Austria, de los duques de Zähringen y de los frailes, lo son hoy día de la patria, y pagan a la patria los mismos diezmos, los mismos derechos y el mismo laudemio que pagaban a sus señores antiguamente; y como generalmente los moradores trafican poco, no está sujeto el comercio a pecho ninguno, como no sean algunos derechos de corta entidad. Los hombres comercian con sus personas propias con las potencias extranjeras y se venden por algunos años, con lo cual gana el país un poco de dinero a nuestra costa; y es un ejemplo que no tiene segundo en las naciones civilizadas, como tampoco lo tiene la contribución establecida por nuestros modernos legisladores.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¿Conque así, señor, a los suizos no los privan por derecho divino de la mitad de sus bienes, ni da dos vacas al Estado el que no posee más que cuatro?

EL GEÓMETRA: Ni por pienso. En un camión de trece toneles de vino dan uno y se beben doce; y en otro pagan la duodécima parte y se beben once.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: ¡Ah! Suizo me vuelvo. ¡Maldita contribución la inicua y única contribución que me ha puesto a pedir limosna! ¿Pero son más justos y más llevaderos otros trescientos o cuatrocientos impuestos que ni aun sus nombres puedo conservar en la memoria? ¿Ha habido legislador que cuando fundó su Estado le ocurriese crear plazas para medir el carbón, aforar el vino, moler la aceituna y fabricar el jabón, mantener un ejército de pillos más crecido que el de Alejandro Magno y mandado por una caterva de generales que entran un país a saco, alcanzan cada día ilustres victorias, hacen prisioneros, y a veces los sacrifican en el aire o en un tablado, como hacían los escitas antiguos, según he oído decir al cura de mi parroquia? ¿Valía más semejante legislación, contra la cual se han suscitado tantos clamores, y que hacía verter tantas lágrimas, que la que de primer envite me priva pacíficamente de la mitad de mi existencia? Mucho me temo que, si se echa bien la

cuenta, el método antiguo nos quitase a pellizcos las tres cuartas partes de nuestro caudal.

EL GEÓMETRA: *Iliacos intra muros peccatur, et extra... Est modus in rebus... Caveas ne quid nimis.*

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Yo sé algo de historia y de geometría, pero no entiendo el latín.

EL GEÓMETRA: Mi latín significa: se peca dentro y fuera de los muros troyanos (ambos partidos se engañan); hay una medida en las cosas (en todo se ha de guardar un buen medio); cuida de no excederte (de nada en demasía).

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: "De nada en demasía"; sí, señor, en ese caso me hallo yo: lo malo es que no tengo lo suficiente.

EL GEÓMETRA: Convengo en que se morirá usted de hambre, y yo también, y el Estado también, suponiendo que la nueva administración dure dos años nada más; esperemos que tendrá Dios misericordia de nosotros.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS: Esperando pasa la vida, y esperando se muere uno. Quédese usted con Dios; instruido salgo, pero muy desconsolado.

EL GEÓMETRA: Ese es muchas veces el fruto de la ciencia.

AVENTURAS CON UN FRAILE CARMELITA

Habiendo dado rendidas gracias al académico de la Academia de Ciencias, me volví a mi casa mohíno, además, y gruñendo entre dientes estas tristes razones:

—¡No más que cuarenta escudos para vivir, y nada más que veinte años de vida! ¡Ah, pluguiera al cielo que fuese todavía más corta nuestra vida, pues tan llena está de desventuras!

En medio de mis reflexiones me hallé enfrente de un soberbio edificio; ya me apretaba el hambre y no poseía ni siquiera la centésima parte de la cantidad que de derecho pertenece a cada individuo. Me dijeron, empero, que este palacio era la residencia de los reverendos padres carmelitas descalzos, y respiré entonces, diciendo entre mí: "Una vez que son tan humildes estos santos que andan sin zapatos, también tendrán caridad suficiente para darme de comer". Toqué, pues, la campanilla y vino un carmelita.

—¿Qué quiere, hijo mío?

—Reverendo padre, pan; que los edictos nuevos me lo han quitado de la boca.

—Hijo mío, nosotros pedimos limosna, mas no la damos.

—¡Conque les manda a ustedes su santo instituto que no lleven calzas, y tienen una casa de príncipe y no me quieren dar de comer!

—Hijo mío, verdad es que andamos sin medias ni zapatos, y eso menos tenemos que gastar; pero tan poco frío tenemos en los pies como en las manos, y si nos mandara nuestro santo instituto que fuésemos con el culo al aire, tampoco tendríamos frío en el trasero. Lo que es nuestra magnífica casa, la hemos levantado con mucha facilidad, porque las que alquilamos en esta misma calle nos reditúan 400.000 reales al año.

—¡Ah, ah! ¿Conque dejan ustedes que me muera de hambre y tienen 400.000 reales de renta? Sin duda que pagan 200.000 al nuevo gobierno.

—Líbrenos Dios de pagar ni un maravedí. Solo el fruto de la tierra cultivada por manos laboriosas, encallecidas y bañadas en lágrimas, debe pecho a la potestad legislativa y ejecutiva. Con las limosnas que nos han dado hemos levantado esas casas que nos reditúan 400.000 reales anuales; pero como provenían dichas limosnas de los

frutos de la tierra, y estos ya han pagado su tributo, no deben pagar dos veces, habiendo santificado a los fieles que se han empobrecido por enriquecernos; de suerte que seguimos pidiendo limosna y forzando a contribuir al vecindario del arrabal de San Germán para santificar más y más a los fieles.

Diciendo esto me dio el carmelita con la puerta en las narices.

Pasé luego por el cuartel de carabineros, conté lo que me había pasado a uno de ellos y me dieron bien de comer y medio duro. Uno de los carabineros dijo que era menester ir a pegar fuego al convento; pero otro compañero más cuerdo le hizo ver que aún no era tiempo, y le exhortó a que esperase dos o tres años.

AUDIENCIA DEL MINISTERIO DE HACIENDA

Me fui con mi medio duro a presentar un memorial al señor ministro de Hacienda, que aquel día daba audiencia. La antesala estaba atestada de todo género de gentes, y noté que había semblantes más rubicundos, barrigas más obesas y rostros más altivos que el de mi sujeto de los 30.000.000. No me atreví a arrimarme a ellos; los veía y no me veían.

Un fraile que cobraba inmensos diezmos había puesto pleito a unos ciudadanos que calificaba de vasallos suyos. Gozaba de más rentas que la mitad de sus feligreses juntos, y era con eso señor de vasallos. Pretendía que, habiendo estos, a poder de rudas faenas, convertido en viñas unos matorrales, le eran deudores de la décima parte de su vino; lo cual, valuando el coste del trabajo, de los rodrigones, de las cubas y de las atarazanas, ascendía a más de la cuarta parte del valor de la cosecha.

—Mas como son —decía— de derecho divino los diezmos, solicito en nombre de Dios la cuarta parte de la sustancia de mis vasallos.

Díjole el ministro:

—Ya veo que es usted muy caritativo.

Un asentista general, sujeto muy versado en materia de rentas provinciales, dijo entonces:

—Señor excelentísimo, el lugar no puede dar nada a este fraile, porque habiendo yo hecho pagar el año pasado 32 impuestos a sus feligreses por el vino que habían cogido, no les queda recurso en lo humano. He sacado a vender sus animales de labranza y sus aperos, y aún no me han acabado de pagar; y así me opongo a la solicitud del reverendo.

El ministro le replicó:

—Sin duda que tiene usted razón en ser su rival; ambos aman por igual a su prójimo, y ambos me tienen por igual lleno de edificación.

El tercero, que era señor de vasallos y fraile, y sus vasallos lo que en Francia llaman manos muertas, esperaba también una sentencia del consejo del rey adjudicándole los bienes de un pobre tonto parisiense, que habiendo inadvertidamente vivido un año y un día en una casa sujeta a esta servidumbre, sita en los estados de dicho clérigo, había fallecido en ella pasado el año; y reclamaba el fraile todo el caudal del pobre tonto, fundándose en el derecho divino. Al ministro le pareció que este fraile tenía un corazón tan piadoso y tan recto como los dos primeros.

El cuarto, que era contador de bienes de la corona, presentó un elocuente papel en derecho, justificándose en él de haber dejado por puertas a veinte familias, las cuales habían heredado bienes de sus tíos o tías, hermanos o primos, y habían tenido que pagar los correspondientes derechos. El contador les probó con indecible nobleza de ánimo que no habían valuado en lo suficiente sus herencias, que eran mucho más ricos de lo que creían; y habiéndolos, por tanto, condenado a pagar una multa triplicada del

importe del impuesto, arruinándolos con gastos de justicia, y habiendo hecho meter en la cárcel a varios padres de familia, había comprado sus más pingües posesiones sin que le costara un ochavo.

Díjole el ministro, a la verdad con tono algo acerbo:

—Euge, contador bone et fidelis; quia super pauca fuisti fidelis, intendentem de provincia te constituam. (¡Bien, contador bueno y fiel! Como has sido fiel en lo poco, te constituiré intendente de provincia).

Al mismo tiempo le dijo en voz baja a un covachuelista que junto a él estaba:

—Menester será hacer que vomiten la sangre que han chupado todas estas sanguijuelas sagradas y profanas; que ya es tiempo de dar algún alivio al pueblo, el cual, si no fuera por nuestra equidad y nuestros afanes, no tendría con qué vivir como no fuera en el otro mundo.

Se presentaron unos cuantos ingeniosos proyectistas: uno había imaginado imponer un tributo sobre la agudeza.

—Todo el mundo —decía— se dará prisa a pagarlo, porque nadie quiere pasar plaza de tonto.

—Usted está exento de esa contribución —le dijo el ministro.

Un digno y discreto ciudadano se ofreció a dar al rey tres veces más rentas, y que la nación pagase tres veces menos tributos. El ministro le envió a la escuela para que aprendiese a contar.

Otro probaba, por amistad al rey, que no podía sacar arriba de 300.000.000 de reales de impuesto, y que él le iba a proporcionar 900.

—Mucho favor me hará usted —dijo el ministro— así que hayamos pagado las deudas del Estado.

Llegó en fin un escribiente del autor moderno que hace a la potestad legislativa la copropietaria de todas nuestras tierras de derecho divino, y da al rey 4.400.000.000 de reales al año. Conocí al

hombre que me había metido en la cárcel por no haber pagado mis CUATRO ESCUDOS, y me eché a los pies del ministro para pedirle justicia. Su excelencia partió de una gran carcajada, me dijo que me habían hecho una burla, y mandó a los burlones que me diesen 100 escudos en resarcimiento de daños, eximiéndome de pechos por todo lo restante de mi vida. Me despedí diciéndole: "Dios se lo pague a su excelencia".

CARTA AL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS

Muy señor mío:

Puesto que soy tres veces más rico que usted, quiero decir, que poseo 120 escudos de renta, le escribo como si fuera su igual, sin afectar la vanidad de las grandes riquezas.

He leído la historia de su desgracia y de la justicia que le ha hecho el señor ministro de Hacienda, y le congratulo por ello muy de veras; pero acabo de leer por mi desdicha *El Asentista Ciudadano*, no obstante la repugnancia que me había inspirado el título, que a muchas gentes les parece contradictorio. El tal ciudadano le quita a usted 10 escudos de renta y 30 a mí, no dando más de CUARENTA ESCUDOS a cada individuo de la totalidad de habitantes; verdad es que para subsanar nuestra pérdida otro autor no menos ilustre nos sube a 60 escudos, y ya veo que su géometra de usted ha tomado un justo medio, no siendo uno de aquellos magníficos señores que de una plumada pueblan a París de un millón de almas, y hacen correr 6.000.000.000 de reales en dinero físico en el reino, no obstante todo cuanto hemos perdido en las pasadas guerras.

Como usted es muy amigo de leer, le prestaré *El Asentista Ciudadano*; pero no dé asenso a todo lo que dice, porque cita el *Testamento* del gran ministro Colbert sin saber que es una mala rapsodia compuesta por un tal Gatien de Courtilz; cita el *Diezmo* del mariscal de Vauban no sabiendo que es de un tal Boisguilbert; cita el *Testamento* del cardenal de Richelieu y tampoco sabe que es del abate de Bourzeis; supone que dice el Cardenal que cuando se encarece la carne se le da más *prest* (paga) al soldado, siendo así que se encareció mucho la carne durante su ministerio y no por eso se subió la paga a la tropa; cosa que, sin recurrir a otras mil pruebas, hace ver que este libro, que fue reconocido por apócrifo cuando se publicó y que se ha atribuido luego al Cardenal, no es más obra suya que lo son de aquellos en cuyo nombre están escritos los testamentos del mariscal de Belle-Isle y del cardenal Alberoni.

Desconfíe usted toda su vida de testamentos y sistemas: yo he sido víctima de estos lo mismo que usted, y si han hecho burla de usted los Solones y Licurgos modernos, todavía se han mofado de mí los Triptólemos flamantes, y sin una corta herencia que me ha cabido me hubiera muerto de hambre.

Ciento cincuenta fanegas de tierra de labor poseo en el país más agradable de la tierra y el terreno más ingrato, y cada fanega, pagados los gastos, no rinde en mi país más de un escudo en limpio. Habiendo leído en los papeles públicos que un cultivador ilustre había inventado un nuevo método de sembradío, y sembraba su pegujal por tablas, de suerte que sembrando menos grano cogía más, tomé dinero a usura y sembré por tablas, con lo cual perdí mi tiempo, mi dinero y mi trabajo, no menos que el susodicho ilustre agricultor, el señor Duhamel, que ya no siembra por tablas.

Quiso mi mala estrella que leyera luego el *Diario Económico*, que se vende en casa del librero Boudet en París, y vi en él la experiencia de un ingenioso parisino que por divertirse había hecho arar quince veces los cuadros de su jardín, donde había sembrado trigo en vez de poner tulipanes, y que cogió una cosecha muy pingüe. Hice, pues, otro presupuesto, diciendo entre mí: "Voy a dar treinta labores

a mi tierra, y así me dará doble producto del que le ha dado su jardín al dignísimo parisino que ha estudiado principios de agricultura cursando la ópera y la comedia, y me haré rico con su ejemplo y sus lecciones". En mi tierra es materia imposible dar ni cuatro labores a la tierra, porque no lo permite el rigor y la mudanza repentina de las estaciones, sin contar con que la desgracia que había tenido de sembrar por tablas me había precisado a vender mi yunta de labranza. Hice, pues, arar treinta veces mis 150 fanegas de tierra por todas las yuntas que había a cuatro leguas a la redonda. Tres labores por fanega cuestan cinco escudos, precio hecho; de suerte que por las treinta tuve que pagar 50 escudos por cada fanega, y la labranza de las 150 me salió por 7.500 escudos. Verdad es que la cosecha, que en los años medianos en mi maldito país no es más que de 300 fanegas, fue aquel año de 330, que a siete escudos la fanega me produjeron 2.310 escudos; de suerte que perdí 5.190 escudos, o 57.090 reales, puesto que me quedó la paja de ganancia.

Arruinado, perdido estaba si no hubiera sido por una tía vieja a quien un gran médico dio dimisorias para el otro mundo, discurriendo sobre medicina con tanto acierto como yo sobre agricultura.

¿Creerá usted que todavía tuve la flaqueza de dejarme engañar por el diario de Boudet? Al cabo este hombre no había jurado mi perdición. Leí en su recopilación que un adelanto de 1.000 pesos basta para ganar 1.000 pesos de renta en alcachofas: vaya con Dios, dije, Boudet me restituirá en alcachofas lo que en trigo me ha hecho perder; conque me gasto los 1.000 pesos y los ratones se comen mis alcachofas. Todos me abucheaban en mi tierra y, mohíno además, escribo una carta fulminante a Boudet. La respuesta que tuve fue que el bribón escribió mil chanzonetas relativas a mí en su diario, y hasta me negó que los caribes eran rojos; de suerte que tuve que enviarle una fe testimoniada del ex-procurador del rey de Guadalupe, declarando que Dios había criado a los caribes rojos como a los negros negros; pero este triunfo no quita que haya perdido toda la herencia de mi tía hasta el último maravedí por

haber dado sobrado crédito a los nuevos sistemas. Vuelvo a repetir a usted que se guarde de embaucadores, y quedo muy suyo, etc.

NUEVOS QUEBRANTOS PROCEDENTES DE LOS NUEVOS SISTEMAS

(Trozos sacados de los manuscritos de un anciano solitario)

Ya veo que se han divertido algunos buenos ciudadanos en gobernar los Estados y sustituirse a los reyes, y si otros se han creído Ceres y Triptólemos, más altivos otros todavía se han subrogado sin cumplimiento a Dios, y han criado el universo con su pluma, como al principio lo crió Dios con su palabra.

Uno de los primeros que a mi adoración se ofreció fue un descendiente de Tales, llamado Telliamed, el cual me dijo que las montañas y los hombres habían nacido de las aguas del mar; que primero hubo soberbios hombres marineros, que luego se tornaron anfibios, convirtiéndose su hermosa cola ahorquillada en muslos y piernas. Tenía llena la idea de las metamorfosis de Ovidio y de un libro que demostraba que el linaje humano era bastardo de un linaje de babuinos, y tanto me daba descender de un pescado como de un simio.

Con el tiempo me sobrevinieron algunas dudas acerca de esta genealogía, como también acerca de la formación de las montañas.

—¿Pues qué, no sabe usted —me dijo— que las corrientes del mar, que echan sin cesar arena a un lado y a otro a diez o doce pies de alto cuando más, en una serie de infinitos siglos han formado montañas de 20.000 pies de alto donde no hay arena? Sepa usted que es forzoso que el mar haya cubierto el globo entero, y la prueba es que se han descubierto anclas de navío en el monte de San

Bernardo, que estaban allí largos siglos antes que tuvieran los hombres navíos.

Figúrese usted que la tierra es un globo de vidrio, el cual estuvo largos siglos cubierto de agua. Cuanto más me explicaba su doctrina, más incrédulo me iba haciendo.

—Pues qué —continuó—, ¿no ha visto usted las capas de conchas de Turena, a 36 leguas de distancia del mar, que es un amontonamiento de despojos de ostras con que abonan la tierra como si fuera estiércol? Pues si la mar ha depositado durante una sucesión de años una mina entera de conchas a 36 leguas del Océano, ¿por qué no ha de haber andado 3.000 leguas en nuestro globo de vidrio en la serie de los siglos?

Le respondí yo:

—Sr. Telliamed, personas hay que andan a pie 15 leguas al día, sin que puedan por eso andar 50. Yo no puedo creer que sea de vidrio mi jardín, y en cuanto a su capa de conchas de usted, dudo mucho que sea de conchas marinas: muy bien puede suceder que fuese una mina de piedrecillas calizas que con facilidad figuran fragmentos de conchas, como hay piedras que tienen figura de lenguas y no son lenguas; de estrellas sin ser astros; de culebras enroscadas y que no son culebras; de partes naturales del bello sexo y no por eso son despojos de señoras. Vemos dendritas y piedras figuradas que representan árboles y casas, sin que hayan sido las tales piedrecillas encinas ni edificios. Si tantas capas de conchas ha depositado el mar en Turena, ¿por qué no ha hecho lo mismo en Bretaña, Normandía, Picardía y las demás costas? Mucho me recelo que esa tan decantada capa de conchas así proceda del mar como proceden los hombres; pero dado caso que hubiese venido el mar a 36 leguas, no quiere eso decir que haya cubierto 300 y hasta 3.000, y que sean todas las montañas parto de las aguas. Tanto fundamento tiene decir que el Cáucaso fue formado por la mar, como afirmar que lo fue la mar por el Cáucaso.

—¿Pues qué responderá usted, señor incrédulo, a las ostras petrificadas que se han encontrado en la cumbre de los Alpes?

—Responderé, señor creador, que así he visto ostras petrificadas como anclas de navíos en lo alto del Mont-Cenis: responderé lo que ya está respondido, que se han hallado conchas de ostras que fácilmente se petrifican a distancias muy considerables del mar, así como se han desenterrado medallas romanas a cien leguas de Roma; y más bien creeré que han dejado los peregrinos de Santiago algunas conchas en San Mauricio que imaginarme que haya sido formado por el mar el monte de San Bernardo. Conchas se encuentran en todas partes; ¿pero está demostrado que no sean despojos de testáceos y crustáceos de nuestros lagos, más bien que de pececillos marinos?

—Señor incrédulo, yo le ridiculizaré a usted en el mundo que me propongo crear.

—Señor creador, como a usted se le antoje, cada uno es dueño de sus acciones en ese mundo; mas nunca me persuadirá usted que sea de vidrio este en que vivimos, ni que unas conchas sean demostraciones de que haya el mar formado los Alpes y el monte Tauro. Ya sabe usted que no hay concha ninguna en las montañas de América; menester es que no sea usted el creador del otro hemisferio, y que se haya contentado con formar el mundo antiguo; y basta y aun sobra.

—Señor mío, si aún no se han descubierto conchas en las montañas de América, ya se descubrirán.

—Señor mío, eso se llama hablar como creador, que sabe lo que hay y está cierto de lo que ha de ser. Si usted quiere, yo le dejaré su mina de conchas, con tal que me deje mis montañas; y con esto quedo el más obediente y seguro servidor de Vuestra Providencia.

Mientras me estaba instruyendo Telliamed, un jesuita irlandés, en traje de hombre, que era excelente observador y tenía buenos microscopios, formó anguilas con harina de trigo que empezaba a nacer. Al punto tuvieron por materia averiguada que con harina de

buen candel se formarían hombres; y sin tardanza se criaron moléculas orgánicas, las cuales compusieron hombres. ¿Y por qué no? Una vez que el célebre geómetra Fatio había resucitado muertos en Londres, con la misma facilidad podían hacerse hombres vivos en París con partículas orgánicas; mas la desgracia ordenó que desaparecieran las nuevas anguilas de Needham, y con ellas los hombres nuevos, refugiándose al país de las mónadas que encontraron en el lleno con la materia sutil, globulosa y estriada.

No quiero decir que no hayan servido mucho para los adelantamientos de la física estos creadores de sistemas, ni quiera Dios que disminuya yo el mérito de sus tareas: pueden compararse con los alquimistas, que trabajando por hacer oro, que nadie hace, han hallado excelentes remedios o cosas muy curiosas cuando menos. Posible es que sea uno hombre de raro ingenio y se equivoque acerca de la formación de los animales y de la estructura del globo.

Ni los peces convertidos en hombres ni las aguas en montañas me habían acarreado los perjuicios que el Sr. Boudet: me ceñía a dudar sin alterarme, cuando un lapón me tomó bajo su protección. Era este un profundo filósofo, pero que nunca perdonaba a los que no eran de su dictamen. Lo primero que hizo fue hacerme saber clara y distintamente los sucesos futuros exaltando mi alma, y tan portentosamente la exalté que caí malo; pero me curó untándome con trementina de pies a cabeza. Apenas podía andar, me propuso que hiciéramos un viaje a las tierras australes para disecar cabezas de gigantes, a efecto de saber qué cosa era el alma. No podía yo aguantar el mar, y me hizo el favor de llevarme por tierra, atravesando el globo terráqueo con un agujero que iba a parar a los patagones. Partimos, pues, pero a la entrada del agujero me rompí una pierna, y costó mucho trabajo enderezármela: al fin se formó en la fractura un callo que me ha dejado muy aliviado. Se llamaba mi filósofo lapón el señor de Maupertuis, y en sus obras ha dejado a la posteridad todos los descubrimientos que llevo apuntados.

CASAMIENTO DEL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS

Habiéndose instruido mucho el hombre de los CUARENTA ESCUDOS, y hecho un caudalejo, se casó con una bonita muchacha que tenía 100 de renta; en breve se quedó embarazada su mujer y el marido se fue a ver a su geómetra y a preguntarle si sería el recién nacido chiquillo o chiquilla. Le respondió el geómetra que comúnmente lo sabían las parteras y las criadas de servicio, pero que no estaban tan adelantados como ellas los físicos que predicen los eclipses.

Luego quiso saber si tenía ya un alma su hijo o su hija. Le dijo el geómetra que no entendía de eso, y que lo consultase con el primer teólogo tomista.

Preguntó el hombre de los cuarenta escudos, que era ya hombre de 200 por lo menos, en qué sitio estaba su hijo.

—En una bolsita —le dijo su amigo—, entre la vejiga y el intestino recto.

—¡Jesús me valga! —exclamó—: ¡conque el alma inmortal de mi hijo ha nacido y reside entre la orina y otra cosa peor!

—Sí, amado vecino; y el alma de un cardenal no ha tenido alojamiento más aseado; y con eso hacen de sujetos y se las dan de señores principales.

—¿Me podrá usted decir, señor docto, cómo se hacen los chiquillos?

—No, amigo; pero si usted quiere le diré lo que han imaginado los filósofos; que es tanto como decir cómo no se hacen.

Lo primero, el reverendo padre Sánchez, en su excelente libro *De Matrimonio*, es en todo del dictamen de Hipócrates, y cree como artículo de fe que se lanzan y se unen entre sí los dos vehículos

fluidos del hombre y la mujer, y por esta unión se concibe al punto la criatura. Tan persuadido está el católico doctor de esta doctrina física, convertida en teología, que en el capítulo 21 de su libro segundo examina *Utrum virgo Maria semen emiserit in copulatione cum Spiritu Sancto*.

—Ya he dicho a usted, señor, que no entiendo latín; explíqueme usted en romance ese oráculo del padre Sánchez.

El geómetra se lo tradujo y ambos se estremecieron de horror. Pero aunque Sánchez pareció extraordinariamente ridículo al recién casado, quedó bastante satisfecho con Hipócrates y con la halagüeña idea de que había desempeñado su mujer todas las condiciones que pide este doctor para hacer un chiquillo.

—Por desgracia —le dijo su vecino—, muchas mujeres hay que no derraman licor ninguno, que reciben con aversión las caricias de sus maridos, y no por eso dejan de tener hijos; y esto solo resuelve la cuestión contra Hipócrates y Sánchez. También parece verosímil que en los mismos casos obre siempre la naturaleza por los mismos principios; ahora bien, muchas especies hay de animales que engendran sin coito, por ejemplo los pescados de escama, las ostras y los pulgones: por tanto ha sido indispensable que topasen los físicos una mecánica de generación adaptable a todos los animales. El célebre Harvey, que fue el que primero demostró la circulación de la sangre y merecía descubrir el secreto de la naturaleza, creyó que lo había encontrado en las gallinas, las cuales ponen huevos, y se imaginó que también las mujeres ponían. Los juglares de su tiempo dijeron que los mozos gallean cuando empiezan a gustarles las muchachas; y a la cazuela en la comedia la llama el vulgo el gallinero, porque las mujeres que la ocupan ponen como las gallinas. Estos chistes no fueron parte para apejar a Harvey de su dictamen, y quedó sentado en Europa que provenimos de un huevo.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Pero si dice usted que la naturaleza siempre es semejante a sí propia, y que en casos idénticos obra por los mismos principios,

¿cómo es que las mujeres, las burras, las yeguas y las anguilas no ponen? Usted se ríe.

El Geómetra:

—No ponen fuera, pero ponen dentro; las mujeres tienen su ovario y se empolla en la matriz. Todos los pescados de escama y las ranas ponen huevos que fecunda el macho; las ballenas y los demás cetáceos hacen nacer sus huevos en la matriz; los aradores, las polillas y los más viles insectos proceden visiblemente de un huevo; todo proviene de huevo, y nuestro globo es un huevo muy grueso que contiene todos los demás.

El hombre de los cuarenta escudos:

—De veras que ese sistema tiene todas las señales de cierto: es sencillo, uniforme y visible a los ojos en más de la mitad de los animales: estoy muy satisfecho con él, y no quiero seguir otro. Los huevos de mi mujer son muy preciosos para mí.

El Geómetra:

—Al fin se han cansado de este sistema y han hecho los chiquillos de otra manera.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Y por qué, siendo esa tan natural?

El Geómetra:

—Porque han pretendido que las mujeres no tenían ovario, sino unas glandulitas.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Me presumo que algunos que tenían otro sistema que acreditar han desacreditado los huevos.

El Geómetra:

—Bien puede ser. Dos holandeses se imaginaron examinar al microscopio el licor seminal del hombre y de muchos animales, y creyeron distinguir en él animales ya formados que corrían con

increíble velocidad; estos animales los vieron hasta en el licor seminal del gallo. Entonces se creyó que todo lo hacían los machos y nada las hembras, las cuales solo sirvieron de depositarias del tesoro que en ellas encerraba el macho.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Cosa muy rara es esa. Yo dudo mucho que todos esos animalejos bullan tanto en un licor y luego se queden inmóviles en los huevos de los pájaros, y no menos inmóviles por espacio de nueve meses, como no sean algunas volteretas que dan en el vientre de una mujer. Eso no me parece consecuente, ni es, a lo que alcanzo, el proceder de la naturaleza. Dígame usted, ¿qué figura tienen esos hombrecillos que tan buenos nadadores son en el licor que me dice?

El Geómetra:

—La de unos gusanos. Un médico había, llamado Andry, que en todas partes se figuraba que había gusanos, y estaba empeñado en destruir el sistema de Harvey, y que si hubiese podido habría aniquilado la circulación de la sangre, porque la había descubierto otro. Pues este Andry con otros dos holandeses, a fuerza de cometer el pecado de Onán y mirar las cosas con el microscopio, redujeron al hombre a que fuese oruga. Primero somos un gusano como estas; luego en nuestro capullo nos convertimos como estas por espacio de nueve meses en verdadera crisálida, y al fin, si la oruga llega a ser mariposa, pasamos a hombres; esas son nuestras metamorfosis.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Y ha parado aquí, o ha habido después otra moda nueva?

El Geómetra:

—Se han fastidiado de ser orugas. Un filósofo muy gracioso, llamado Maupertuis, ha descubierto en una Venus física que los chiquillos se hacían por atracción, y vea usted cómo. Así que cae el esperma en la matriz, el ojo derecho atrae al izquierdo, el cual en cuanto ojo se viene a unir con él; pero se lo estorban las narices,

que encuentra en el camino y que le obligan a que se ponga en la izquierda, y lo mismo sucede con los brazos, los muslos y las piernas que están pegadas a los muslos. En esta hipótesis no es fácil explicar la situación de las tetas y las nalgas. No admite este gran filósofo designio ninguno del Ser creador en la formación de los animales, y está muy distante de pensar que fue hecho el corazón para recibir y verter la sangre, ni el estómago para digerir, ni los ojos para ver, ni para oír los oídos; opinión que le parece una vulgaridad; todo lo hace la atracción.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Ese es loco rematado, y bien creo que nadie adoptó tan extravagantes ideas.

El Geómetra:

—Dieron mucho que reír, pero hubo de malo que este frenético era parecido a los teólogos, los cuales persiguen cuanto pueden a aquellos a quien dan que reír. Otros filósofos han imaginado otros modos que no han podido granjear crédito. Ya no es el brazo el que corre tras del brazo, ni el muslo tras del muslo; que son moléculas orgánicas, partecillas de brazos y piernas las que unas a otras se sobreponen. Al cabo nos veremos obligados acaso a recurrir otra vez a los huevos, después de haber perdido mucho tiempo.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¡Qué me place! ¿Y en qué han parado todas esas contiendas?

El Geómetra:

—En dudas. Si se hubiera controvertido la cuestión entre doctores teólogos, hubiera habido excomuniones y derramamiento de sangre, pero los físicos presto hacen las paces; cada uno se ha ido a acostar con su mujer, sin dársele un bledo de su ovario ni de sus trompas de Falopio; y las mujeres se han quedado embarazadas o encinta sin averiguar siquiera cómo se efectúa este misterio, del mismo modo que siembra usted el trigo sin saber cómo germina este en la tierra.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¡Oh! Eso sí que lo sé; mucho hace que me han dicho que brota porque se pudre, pero a veces me dan tentaciones de risa con lo que me dicen.

El Geómetra:

—Y es tentación de hombre de juicio. Aconséjole a usted que dude de todo, como no sea de que los tres ángulos del triángulo son iguales a dos rectos; de que los triángulos que tienen la misma base y la misma altura son iguales, y de otras proposiciones semejantes; por ejemplo, de que tres y dos son cinco.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Sí, señor, bien creo que de sabios es dudar, pero siento en mí mucha curiosidad desde que tengo un poquillo de caudal y no trabajo tanto. Cuando mi voluntad mueve mi brazo o mi pierna, quisiera yo saber por qué mueve los mueve, porque es cierto que algún muelle hay. Algunas veces me pasmo al contemplar que puedo alzar y bajar los ojos y no puedo alzar las orejas. Pienso y desearía saber... ya usted me entiende... tocar con la mano mi pensamiento, que ha de ser cosa muy curiosa. Querría averiguar si pienso por mí propio, si me da Dios las ideas, si ha venido mi alma a mi cuerpo cuando tenía este seis semanas o cuando tenía un día, cómo está aposentada en mi cerebro, si pienso mucho cuando duermo bien o cuando estoy con un letargo. Me devano los sesos por saber cómo impele un cuerpo a otro; no menos me maravillan mis sensaciones, y hallo en ellas cierta cosa divina, sobre todo en el deleite. Algunas veces me he afanado por imaginar un nuevo sentido, y jamás lo he podido conseguir. Los geómetras saben todas esas cosas, hágame usted el favor de instruirme en ellas.

El Geómetra:

—¡Ay! Tan ignorantes somos como usted; acuda a los teólogos de la Sorbona.

EL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS TIENE UN HIJO Y DISCURRE ACERCA DE LOS FRAILES

Cuando se vio padre de un chico el hombre de los cuarenta escudos, se empezó a figurar que era hombre de alguna importancia en el Estado, y esperó dar diez vasallos a lo menos al rey, útiles todos. Era el hombre que mejor sabía tejer canastillos, y su mujer era excelente costurera. Esta era natural de un pueblecillo inmediato a una abadía de 50.000 escudos de renta. Preguntóme un día su marido por qué motivo, siendo estos señores tan pocos comparativamente a sus rentas, se habían engullido tantas porciones de cuarenta escudos.

—¿Son acaso más útiles que yo a la patria?

—No, querido vecino.

—¿Contribuyen, como yo, a la población del reino?

—No, a lo menos manifiestamente.

—¿Labran la tierra? ¿Defienden el Estado cuando es acometido?

—No; pero ruegan a Dios por usted.

—Pues bien está; yo rogaré a Dios por ellos y partamos. ¿Cuántos individuos útiles de uno y otro sexo cree usted que encierren los conventos?

—Según las Memorias de los intendentes del siglo pasado, había entonces cerca de 90.000.

—Según nuestra cuenta, a razón de cuarenta escudos cada uno, no deben tener más de 3.600.000 escudos. ¿Y cuánto tienen?

—Cosa de 200.000.000 de reales, contando las misas y la cuesta de los frailes mendicantes que cobran verdaderamente una contribución enorme del pueblo. Un hermano demandador de un

convento de París se ha jactado públicamente de que sacaba de limosna 1.000 onzas de oro todos los años.

—Veamos cuánto componen para cada uno 200.000.000 de reales, repartidos entre 90.000 modregos.

—2.222 reales con 8 maravedís.

—Fuerte suma es en una sociedad numerosa, donde disminuyen los gastos por la misma cantidad de consumidores; porque gastan mucho menos 10 personas que viven juntas que si tuviera cada una mesa y casa aparte. ¿Conque los ex-jesuitas, a quien pagan hoy 1.600 reales de pensión, han perdido según eso?

—Creo que no, porque casi todos se han retirado a casa de parientes que los ayudan; muchos llevan dinero por decir misa, cosa que no hacían antes; otros se han hecho preceptores; a otros los mantienen las beatas; todos se han ingeniado, y acaso hay a esta hora muy pocos que, habiendo disfrutado del mundo y la libertad, quisieran volver a las antiguas cadenas. Digan lo que quieran, la vida monástica nada tiene de envidiable; y es proverbio muy sabido que son hombres que se reúnen sin conocerse, viven sin quererse y mueren sin llorarse.

—¿Conque piensa usted que fuera hacerles favor el desenfrailarlos a todos?

—Mucho ganarían sin duda, y todavía más el Estado. Se restituirían a la patria ciudadanos y ciudadanas que han hecho el temerario sacrificio de su libertad en edad en que no permiten las leyes que disponga uno de un peculio de dos reales de renta; se sacarían estos cadáveres de la sepultura y sería una verdadera resurrección. De sus conventos se harían casas de ayuntamiento, hospitales, escuelas públicas, o se aplicarían para fábricas; crecería la población y el cultivo de las artes. Cuando menos, pudiera disminuirse el número de esas víctimas voluntarias fijando el de novicios, y tendría la patria más sujetos útiles y menos desventurados. Tal es la opinión de todos los magistrados, y tal el deseo unánime del pueblo desde que se han ilustrado las gentes.

Prueba evidente de la necesidad de esta reforma es el ejemplo de Inglaterra y de otras muchas naciones. ¿Qué hiciera hoy Gran Bretaña con 40.000 frailes en vez de 40.000 marinos? Cuanto más se han multiplicado las artes, más indispensable ha sido aumentar el número de hombres laboriosos. Es seguro que hay en los claustros enterrados muchos hombres de talento que pierde el Estado. Para que un reino florezca es menester que haya cuantos menos eclesiásticos y cuantos más artesanos fuere posible. Lejos de que hayamos de guiarnos por la ignorancia y la barbaridad de nuestros padres, nos deben al contrario servir de advertencia para que hagamos lo que hubieran hecho ellos si hubieran estado en nuestro lugar y tenido nuestras luces.

—¿Conque, según eso, no quiere usted abolir los frailes por odio que les profese, sino por lástima que de ellos tiene y por amor de la patria? Lo mismo pienso yo; y sentiría tanto que fuese fraile un hijo mío que, si creyese que criaba hijos para el claustro, no me acostaría nunca con mi mujer.

Efectivamente, ¿qué buen padre de familia no se lamenta de ver a su hijo y a su hija perdidos para la sociedad? Llamen a eso huir de la guerra; ¿pero no castigan a un soldado que huye de la pelea? Todos somos soldados del Estado; a todos nos da prez la sociedad, y cuando la desamparamos somos desertores. ¿Qué digo? Los frailes son unos parricidas que ahogan la posteridad entera; 90.000 encapuchados que berrean o ganguean en latín pudieran dar dos vasallos uno con otro al Estado, que suman 180.000 hombres que en embrión perecen. Al cabo de cien años es inmensa la pérdida: esta es una verdad demostrada.

—¿Pues cómo se ha podido establecer el monaquismo?

—Porque desde Constantino fue casi siempre absurdo y detestable el gobierno; porque en el imperio romano llegó a haber más frailes que soldados; porque en solo Egipto había 100.000; porque eran inmunes de trabajar y pechar; porque, habiéndose hecho cristianos los caudillos de las naciones bárbaras para gobernar a cristianos, ejercitaron la más horrenda tiranía; porque se metían de tropel en

los claustros por huir de la furia de estos tiranos, y abrazaban una esclavitud por evitar otra más dura; porque con la institución de tantas órdenes diferentes de santos haraganes, granjeaban los papas vasallos en los Estados cristianos; porque un villano más quiere que le llamen reverendo padre y echar bendiciones que manejar el arado; porque no sabe que el arado es más noble que la capucha; porque le acomoda más vivir a costa de los tontos que trabajando honradamente; en fin, porque ignora que metiéndose a fraile se prepara una vida miserable, tejida de pesares y aburrimiento.

—Vamos, señor, no más frailes, por su dicha y por la nuestra. Pero siento mucho haber oído decir al señor de mi pueblo, padre de cuatro muchachos y tres hijas, que no sabe qué hacerse con tanta familia si no mete a las chicas en un convento.

—Esa alegación, tantas veces repetida, es inhumana, antipatriótica y destructiva de la sociedad. Siempre que puede decirse de un estado en la vida, sea el que fuere, que se acabaría el linaje humano si lo abrazara todo el mundo, es cosa demostrada que no vale nada al Estado, y que quien lo abraza hace al género humano cuanto daño está de su parte; ahora, cosa es clara que si se metiesen en conventos todos los mancebos y todas las doncellas, se acabaría el mundo; luego la frailería, por su propia naturaleza, es enemiga del género humano, sin contar los horrorosos males que muchas veces ha causado.

—¿No pudiéramos decir lo mismo de los soldados?

—No, por cierto; porque si toma las armas a su turno cada ciudadano, como antiguamente hacían en todas las repúblicas, y particularmente en la de Roma, el soldado es mejor labrador aún de lo que sería. El soldado ciudadano se casa y pelea por su mujer y sus hijos. ¡Ojalá que fueran todos los cultivadores militares y casados, que serían ciudadanos excelentes! Pero un fraile, en cuanto fraile, solo para engullirse la sustancia de sus compatriotas es bueno, y no hay verdad más notoria.

—¿Pero, señor, las doncellas, las hijas de los hidalgos pobres que no se pueden casar, qué han de hacer?

—Ya se ha dicho mil veces lo que hacen en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda, en Suiza, en Holanda, en la mitad de Alemania, en Suecia, en Noruega, en Dinamarca, en Tartaria, en Turquía, en África y en casi todo lo restante del mundo; serán mucho mejores esposas, mucho mejores madres de familia así que se acostumbren, como hacen en Alemania, a casarse los hombres con mujeres que no traen dote. Una mujer económica y trabajadora aprovecha más en una casa que la hija de un millonario que más gasta en cosas superfluas que la dote que a su marido le trajo. Menester es que haya fundaciones que den albergue a la vejez, a las enfermedades y a la deformidad; pero por una consecuencia del abuso más detestable, todas las fundaciones no admiten más que la mocedad y las personas de buena conformación. La primera cosa que en los conventos hacen es poner en cueros a los novicios de ambos sexos, contra toda ley de decencia, y examinarlos atentamente por detrás y por delante. Si se presenta para tomar el hábito una vieja jorobada, la despedirán ignominiosamente, a menos que pague una cuantiosa dote. ¿Qué digo? Toda monja ha de pagar su dote si no quiere ser la criada del convento. Nunca hubo más intolerable abuso.

—Bien está, señor, bien está; júrole a usted que nunca serán mis hijas religiosas, y que aprenderán a hilar, a coser, a hacer punto, a bordar, en una palabra, a ser útiles. Ruego a usted que me explique cómo ha podido sustentar un amigo mío, sin duda por llevar la contraria de todo el género humano, que son utilísimos para la población de un Estado los frailes, porque sus conventos están mejor cuidados que las casas de los señores y mejor cultivados sus cortijos.

—¿Y quién es ese amigo de usted que tan extraña proposición afirma?

—El Amigo de los Hombres, o por mejor decir, el de los frailes.

—Pues se quería bromear, que sabe muy bien que diez familias que tiene cada una 2.000 escudos de renta en tierras son cien veces y mil más útiles que un monasterio que disfruta de 20.000 escudos, y que siempre tiene su tesoro secreto. Alaba los soberbios conventos que han levantado los frailes, y cabalmente eso es lo que irrita a los ciudadanos y de lo que más se quejan en toda Europa. El voto de pobreza condena los palacios, como se opone a la soberbia el de humildad, y como el de aniquilar su descendencia se opone a la naturaleza.

—Voy creyendo que es menester fiarse muy poco de los libros.

—Es menester hacer de ellos el uso que de los hombres hacemos: escoger a los más discretos, examinarlos y nunca dar crédito como a la evidencia no fuere.

DE LAS CONTRIBUCIONES QUE SE PAGAN A LOS EXTRANJEROS

Un mes hace que me vino a ver el hombre de los CUARENTA ESCUDOS; entró reventando de risa, y de tan buena gana se reía que, sin saber por qué, me eché yo también a reír; tan imitador ha nacido el hombre, tanto nos enseño el instinto y tan contagiosos son los grandes movimientos del ánimo.

Ríen con el que ríe los humanos:

Con el que llora lloran.

Cuando se hubo reído muy a su sabor, me dijo que acababa de dar con un hombre que se decía protonotario de la Santa Sede, y que enviaba el tal una gran cantidad de dinero a un italiano que residía 300 leguas de aquí, en nombre de un francés a quien había

conferido el Rey un feudecillo, y que nunca podría disfrutar el tal francés los beneficios del Rey si no le daba al italiano el primer año de la renta.

—Cosa es muy cierta —le dije—, mas no tan risible. En derechos de esta especie paga Francia más de millón y medio de reales al año, y en espacio de más de dos siglos y medio que hace que dura esta práctica, hemos contribuido a Italia con más de 365.000.000 de reales.

—¡Dios de mi alma! —exclamó—, ¡cuántas veces cuarenta escudos! ¿Conque ese italiano nos sojuzgó hace dos siglos y medio, y nos impuso ese tributo?

—Por cierto —le respondí— que antiguamente nos imponía otros más gravosos, y que esto es una friolera en comparación de lo que por espacio de muchos siglos sacaba de nuestra pobre nación y de las otras pobres naciones de Europa.

Le conté entonces de qué modo se habían establecido estas santas usurpaciones, y como sabe algo de historia y tiene sana razón, con facilidad se dio a entender que habíamos sido galeotes que todavía llevábamos arrastrando un trozo de nuestra cadena. Habló con mucha energía y muy largamente contra estos abusos. ¡Pero qué respeto profesaba a la religión! ¡Qué reverencia a los obispos! ¡Cómo deseaba que tuviesen muchos centenares de escudos para gastarlos en sus diócesis en obras de caridad! También quería que todos los curas de lugares tuviesen un número de cuarenta escudos bastante para vivir con decencia.

—Cosa triste es —decía— que se vea obligado un cura a litigar con un feligrés suyo por medio celemin de trigo y que no le pague con liberalidad el Estado, y cosa ignominiosa que estén siempre en pleitos con los cabildos. Estas contiendas eternas por imaginarios derechos y por los diezmos acaban con el respeto que les es debido; el malhadado cultivador que ya ha pagado al Rey el diezmo, el encabezamiento y el rescate de alojamiento de tropa, sin que le eximan de alojar tropa, etc., etc.; este desventurado, digo, que ve

que su cura viene después a llevarse el diezmo de lo que le queda, ya no le mira como a su pastor, sino como a un carnicero que le acaba de desollar del poco pellejo que le ha quedado; porque muy bien ve que quitándole de derecho divino uno por diez de la pobreza que le han dejado, tiene la endemoniada crueldad de no contar con lo que le ha costado la cosecha de los otros nueve celemines. ¿Y qué le queda para sí y para su familia? Llantos, hambre, desaliento, desesperación y morirse de fatiga y miseria. Si el Estado pagara al cura, consolaría a sus feligreses en vez de mirarlo como a público enemigo.

Se enterneció el buen hombre diciendo estas razones, porque amaba su patria y era idólatra del bien público. Decía algunas veces: "¡Qué nación la francesa, si quisieran!".

Fuimos a ver a su hijo, a quien su madre, muy lavada y muy aseada, estaba dando una teta muy blanca, y la criatura era muy preciosa.

—¡Ay! —dijo su padre—, veintitrés años no más tienes que vivir y cuarenta escudos que gastar.

EN LAS PROPORCIONES

El producto de los extremos es igual al producto de los medios, pero dos costales de trigo robados no son, respecto del ladrón, como la pérdida de la vida de este es al interés de la persona robada.

El prior de..., a quien dos de los trabajadores de su cortijo le habían quitado dos fanegas de trigo, acaba de hacer ahorcar a los dos delincuentes, justicia que le ha costado más de lo que valía toda su cosecha, y desde entonces no halla ni un jornalero. Si hubieran mandado las leyes que los que roban el trigo de su amo labrasen el

campo del robado toda su vida con un grillete al pie y una campanilla al cuello atada a una argolla, hubiera ganado mucho el tal prior.

Sin duda que es preciso poner miedo al delito, pero más le intimidan que la horca el trabajo forzoso y la vergüenza duradera.

Algunos meses hace que fue condenado en Londres un malhechor a ser transportado a América para trabajar con los negros en los ingenios de azúcar. En Inglaterra, como en otros muchos países, tienen derecho los delincuentes a presentar un memorial al Rey pidiendo ya sea perdón entero, ya conmutación de la pena. Este presentó memorial para que le ahorcasen, alegando que aborrecía de muerte la faena y que más bien quería que le ahorcasen en un minuto que no que le obligaran a hacer azúcar toda su vida. No todos piensan así, los gustos son diferentes; pero ya se ha dicho y nunca se repetirá lo bastante que un ahorcado para nada sirve, y que los suplicios deben ser útiles.

Algunos años hace que en Tartaria condenaron a empalar a dos mancebos por haber tenido el bonete en la cabeza mientras pasaba una procesión de lamas. El emperador de China, hombre de mucho talento, dijo que él los hubiera condenado a ir delante de las procesiones con la cabeza descubierta por espacio de tres meses.

"Proporcionad las penas a los delitos", dice el marqués de Beccaria; los que han hecho las leyes no eran geómetras.

Si compone unos libelos miserables el abate Guyon o Cogé o cualquier otro ex-jesuita o clerizonte, ¿le habremos de ahorcar como ha hecho el prior de... con sus dos gañanes, con pretexto de que los calumniadores son más delincuentes que los ladrones? ¿Hemos de sacar a la vergüenza al Sr. Larcher porque es un escritor indigesto que amontona errores sobre errores, porque nunca supo distinguir los grados de probabilidad, porque quiere que en una inmensa y antigua ciudad afamada por su civilización y por lo celosos que eran los maridos, en Babilonia en fin, donde eran las mujeres guardadas por eunucos, fuesen devotamente todas las princesas a conceder en

público a los extranjeros sus favores en la catedral? Ciñámonos a enviarle al país a ver si es tan favorecido; seamos en todo moderados y proporcionemos los delitos a las penas.

Las leyes de Dracón, que castigaban por igual los delitos y las leves faltas, la perversidad y la locura, me parecen muy aborrecibles. No tratemos al jesuita Nonotte, que no ha cometido más delito que escribir denuos y disparates, como trataron a los jesuitas Malagrida, Oldcorne, Garnet, Guignard, Guéret y como debieran haber tratado al jesuita Le Tellier, que engañó a su rey y llenó de duelo y confusión a Francia. En todo pleito, en toda contienda, en toda disputa, distingamos el agresor del agraviado y el opresor del oprimido. La guerra ofensiva es propia de un tirano, pero el que se defiende es justo.

Engolfado me hallaba yo en estas reflexiones cuando me vino a ver deshecho en llanto el hombre de los cuarenta escudos. Le pregunté muy alterado si había muerto su hijo, que debía vivir veintitrés años.

—No —me dijo—, la criatura está buena y también mi mujer; pero me han llamado a declarar contra un molinero que han puesto a cuestión de tormento y que ha resultado inocente; le he visto desmayarse en las redobladas torturas, he oído crujir sus huesos y todavía traigo en los oídos sus aullidos y sus gritos, que no los puedo echar de mí; lloro de lástima y tiemblo de horror.

Yo también eché a llorar y empecé a estremecerme, siendo de un natural muy compasivo.

Se me representó entonces a la memoria la espantosa aventura de los Calas: una virtuosa madre encarcelada, sus hijas prófugas y sin consuelo, saqueada su casa, un respetable padre de familia quebrantado por la tortura, agonizando en una rueda y expirando en una hoguera; su hijo cargado de cadenas, arrastrado ante los jueces, y uno de estos diciéndole: "Hemos roto ya a tu padre y también a ti te romperemos". Me acordé de la familia de Sirven, que encontró uno de mis amigos en montes cubiertos de nieve huyendo

de la persecución de un juez tan inicuo como ignorante. Este juez, me dijo mi amigo, ha condenado a morir en un cadalso a toda esta inocente familia, suponiendo sin la más leve apariencia de prueba que el padre y la madre, con ayuda de sus dos hijas, habían degollado y ahogado a la tercera por temor de que fuese a misa. Sentencias de este juez me mostraban el cúmulo de la estupidez, de la injusticia y de la inhumanidad.

El hombre de los CUARENTA ESCUDOS y yo nos condolíamos de la naturaleza humana. Llevaba yo en el bolsillo el discurso de un fiscal del Delfinado que en parte versaba acerca de estas importantes materias; lo saqué y le leí los siguientes pasajes:

«Cierto que fueron varones de verdad eminentes los que primero fueron osados a encargarse del gobierno de sus semejantes y a imponerse el gravamen de la pública felicidad; los que, por el beneficio que a los hombres querían hacer, se aventuraron a su ingratitud, y por afianzar el público sosiego, del suyo propio renunciaron; los que se colocaron, digámoslo así, entre los hombres y la Providencia, por formar a los primeros una artificial felicidad que esta al parecer les había negado. ¿Qué magistrado, por poco que en sus obligaciones se embeba, puede sufrir esta idea? Cuando se encuentra solo en su gabinete, ¿puede, sin estremecerse de horror y lástima, pasar la vista por esos autos, desventurados monumentos del delito o la inocencia? ¿No le parece que oye salir de estos escritos fatales una gemebunda voz que le insta a que falle el destino de un ciudadano, un esposo, un padre y una familia? ¿Cuál es el juez despiadado, encargado de una sola causa criminal, que puede sin demudarse pasar por una cárcel? "¡Conque soy yo —dirá— quien detengo en esta detestable mansión a mi semejante, a mi igual acaso, a mi conciudadano, a un hombre en fin! ¡Yo quien todos los días le encadeno y quien le cierro estas aborrecidas puertas!". Por ventura se ha apoderado la desesperación de su ánimo y lanza al cielo con maldiciones mi nombre, y sin duda clama contra mí al Supremo Juez que nos contempla y ha de juzgarnos a ambos.

»Aquí un horroroso espectáculo se presenta a deshora a mis ojos; cansado el juez de preguntar con palabras, quiere preguntar con suplicios, fatigado ya de sus pesquisas y acaso irritado con su inutilidad; se traen cadenas y palancas, y encendidas teas, y todos los instrumentos que para atormentar fueron inventados. El verdugo acude a desempeñar las funciones del magistrado y a concluir con la violencia la declaración que había empezado por la libertad. Dulce filosofía, tú que solo con la paciencia y la atención indagas la verdad, ¿esperabas acaso que en tu siglo se usaran para descubrirla instrumentos semejantes? ¿Es cierto que aprueban nuestras leyes tan incomprensible método y que lo consagra la práctica?

»Con sus leyes imitan sus preocupaciones; tan crudos son los públicos suplicios como las venganzas privadas, y no son menos despiadados que los actos de sus pasiones los de su razón. ¿Pues cuál es el motivo de tan extraña oposición? Que son antiguas nuestras preocupaciones y moderna nuestra moral, que tan imbuidos estamos en nuestro sentir como hacemos poco aprecio de nuestras ideas; que el ansia de gozar deleites nos estorba que reflexionemos en nuestras necesidades y nos damos más prisa a vivir que a dirigirnos con acierto; en una palabra, que son muelles nuestras costumbres sin que sean buenas, y que somos cultos, empero no somos humanos.»

Estos fragmentos, dictados por la humanidad a la elocuencia, penetraron de un suave consuelo el ánimo de mi amigo. Estaba maravillado y enternecido.

—¡Conque se componen obras maestras en la provincia! —decía absorto—. Me habían dicho que no había más que un París en el mundo.

—No hay más que un París —le dije— donde se compongan óperas cómicas; pero en las provincias hay hoy día muchos magistrados que piensan con la misma virtud y se explican con igual vigor.

Antiguamente los oráculos de la justicia y los de la moral eran igualmente ridículos; el doctor Balouard era un farsante en el foro y un Fray Gerundio en el púlpito. Al cabo ha venido la filosofía y ha dicho: "No habléis en público como no sea para decir verdades útiles y nuevas con la elocuencia del afecto y de la razón".

—¿Y si nada tenemos que decir? —han clamado los parlanchines.

—Callaos, pues —les ha respondido la filosofía—, que todos esos vanos razonamientos de aparato, que solo palabrotas contienen, son como las hogueras de la noche de San Juan, que encienden los muchachos cuando menos necesidad hay de calentarse, y no dan gusto ninguno ni quedan de ellos siquiera las cenizas.

Lea Francia los libros buenos. Mas no obstante los adelantamientos de la razón humana, leemos muy poco, y la mayor parte de los que se quieren instruir leen muy mal. Mis vecinos y mis vecinas juegan después de comer un juego muy dificultoso que llaman el revesino. Muchos honrados vecinos y muchas "cabezas redondas", que se tienen por buenas cabezas, dicen, muy fruncidos de cejas, que para nada valen los libros. ¿Pues saben ustedes, señores babiecas, que solo con libros se gobiernan? ¿Saben que la ordenanza civil, el código militar y el Evangelio son libros de que continuamente dependen? Lean, ilústrense; que con solo la lectura se fortalece el alma: la conversación la disipa y el juego la apoca.

—Muy poco dinero tengo —me respondió el hombre de los CUARENTA ESCUDOS—; mas si llego a juntar algún caudalejo, compraré libros en casa del librero Sancha de Madrid.

DEL GÁLICO O LAS BUBAS

Vivía el hombre de los CUARENTA ESCUDOS en un pueblo corto, donde de ciento cincuenta años atrás no había habido guarnición, y en este rincón de la tierra eran tan puras las costumbres como el aire que respiraba. Nadie sabía que se podía inficionar el amor con un veneno destructivo, que se corrompían en su germen las generaciones, y que, contradiciéndose a sí propia la naturaleza, podía tornarse horrible el cariño y espantable el deleite. Y se abandonaban todos al amor con la confianza de la inocencia. Vino tropa y varió todo.

Dos tenientes, el capellán del regimiento, un cabo y un recluta, que salía del seminario conciliar, bastaron para envenenar doce lugares en menos de tres meses. Dos primas del hombre de los CUARENTA ESCUDOS se llenaron de costras de pies a cabeza; se les cayeron sus luengos y blondos cabellos; se les enronqueció el habla; se cargaron las niñas de sus parados y amortecidos ojos de un color cárdeno, y no se volvieron a cerrar para que calmase el sosiego los dolores de sus dislocados miembros, que empezaban a ser roídos de una secreta carcoma, como los del árabe Job, aunque nunca adoleció Job de semejante achaque.

El cirujano mayor del regimiento, hombre de consumada experiencia, se vio precisado a pedir a la corte que le enviara colegas para curar a todas las muchachas del país, y como el ministro de la Guerra era protector declarado del bello sexo, le envió una leva de practicantes, que con una mano echaban a perder lo que con la otra curaban.

Estaba entonces el hombre de los CUARENTA ESCUDOS leyendo la historia filosófica de *Cándido*, traducida del alemán del doctor Ralph, la cual prueba palpablemente que todo está bien, y que en el mejor de los mundos posibles era una cosa absolutamente imposible que las bubas, la peste, la piedra, la estrangurria, los lamparones y la santa Inquisición no fuesen parte constitutiva del universo criado

únicamente para el hombre, rey de los animales y semejanza de Dios, al cual es claro que se parece como un huevo a una castaña.

Pues, como iba diciendo, en la historia verídica de Cándido leyó que en la cura había perdido el doctor Pangloss un ojo y una oreja.

—¡Ay! —decía—, ¿conque se van a quedar mis dos infelices primas tuertas y desorejadas?

—No, señor —le dijo el cirujano mayor consolándole—: los alemanes tienen la mano pesada; pero nosotros curamos a las muchachas con mucha presteza, sin causarles disgusto y con solidez.

Efectivamente, las dos bonitas primas no tuvieron que padecer cosa ninguna más que tener la cabeza hinchada como una tinaja por espacio de seis semanas, escupir la mitad de los dientes y muelas con medio pie de lengua sacada y morirse del pecho al cabo de seis meses.

Mientras se hacía la operación, tuvieron el cirujano y el primo la conversación siguiente:

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Es posible, señor, que haya la naturaleza cercado de tan espantables tormentos un gusto tan necesario, de tantos duelos tan suaves glorias, y que sea cosa más peligrosa hacer un chiquillo que matar a un hombre? ¿Es cierto a lo menos, para nuestro consuelo, que se disminuye algo esta plaga en la tierra y que cada día se va haciendo menos peligrosa?

El cirujano mayor:

—Muy al revés: cada día cunde más en toda la Europa cristiana, y ya se ha dilatado hasta Siberia. Más de 50 personas he conocido yo que de ella han muerto, entre otras un general muy afamado y un ministro de Estado muy prudente. Pocos pechos débiles resisten la enfermedad y al remedio, y las bubas y las viruelas se han coaligado, todavía más que los frailes, para acabar con el género humano.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Otro motivo más para abolir los frailes, para que, repuestos en la clase de hombres, reparen en algo el daño que causan esas dos enfermedades. Ruego a usted que me diga si tienen bubas los animales.

El cirujano:

—Ni conocen las bubas, ni las viruelas, ni los frailes.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Pues confesemos que son más felices y más cuerdos que nosotros en este prototipo de los mundos posibles.

El cirujano:

—Nunca lo he dudado. Adolecen de menos achaques que nosotros; su instinto es menos falible que nuestra razón y nunca los atormenta ni el tiempo pasado ni el venidero.

El hombre de los cuarenta escudos:

—Usted ha sido cirujano de un embajador de Francia en Turquía. Dígame si hay muchas bubas en Constantinopla.

El cirujano:

—Los francos las han llevado al arrabal de Pera, donde ellos viven. En dicho arrabal conocí a un capuchino que estaba roído de ellas como Pangloss; pero no han penetrado en lo interior de la ciudad. Casi nunca duermen los francos en ella y apenas hay rameras en esta inmensa capital. Todos los turcos ricos tienen mujeres esclavas de Circasia, guardadas y vigiladas siempre, y cuya hermosura nunca puede acarrear riesgos. Las bubas las llaman los turcos "el mal cristiano", y no contribuyen poco a aumentar el desprecio tan profundo en que a nuestra teología tienen. Para desquitarse disfrutaban de la peste, enfermedad de Egipto, de la cual no hacen caso y que no se toman nunca el trabajo de precaver.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Y en qué tiempo cree usted que empezó esta plaga en Europa?

El cirujano:

—A la vuelta del primer viaje de Cristóbal Colón a pueblos inocentes que ni la avaricia ni la guerra conocían, el año de 1494. Un tiempo inmemorial hacía que adolecían de este achaque estas sencillas y buenas gentes, así como reinaba la lepra en Arabia y Judea y la peste en Egipto. El primer fruto que sacaron los españoles de la conquista del Nuevo Mundo fueron las bubas, que se esparcieron con mucha más prontitud que la plata de México, la cual no circuló en Europa hasta mucho tiempo después, y fue la causa de que en todos los pueblos había entonces magníficos edificios públicos llamados mancebías, establecidos por mandado de los soberanos para conservar el honor de las damas. Los españoles envenenaron estas casas privilegiadas, de donde sacaban los príncipes y los obispos las mozas que necesitaban, y sabemos que en Constanza había 718 para abasto del concilio que con tanta devoción mandó quemar a Jan Hus y Jerónimo de Praga. Por donde se deja colegir con cuánta rapidez cundió esta enfermedad en todo el país. El primer magnate que de ella murió fue el ilustrísimo y reverendísimo obispo virrey de Hungría, en 1499, no habiéndole podido curar Bartolomeo Montagnana, médico célebre de Padua. Gualtieri afirma que Bertoldo de Henneberg, arzobispo de Maguncia, acometido de las bubas, entregó su alma a Dios en 1504. Sabido es que nuestro rey Francisco I murió de ellas; Enrique III se contagió en Venecia, pero Jacobo Clemente, fraile dominico, anticipó el efecto del mal.

Siempre celoso del bien público, el Parlamento de París tomó providencia contra las bubas, prohibiendo en 1497 a todos los bubosos vivir en París so pena de horca; mas como no era fácil probar jurídicamente a los vecinos y vecinas que eran delincuentes, no fue más eficaz dicha providencia que la que posteriormente tomó contra el emético; y contra la voluntad del Parlamento de París, fue aumentando sin cesar el número de reos. Verdad es que si, en vez

de mandarlos ahorcar los hubieran exorcizado, ninguno andaría hoy por el mundo; pero quiso la mala ventura que no pensarán en ello.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿Es cierto lo que en Cándido he leído, que cuando marchan en orden de batalla dos ejércitos de treinta mil hombres cada uno, puede apostarse que hay veinte mil bubosos de cada parte?

El cirujano:

—Certísimo; y lo mismo sucede con los cursantes de teología de la Sorbona. ¿Qué quiere usted que hagan unos estudiantes mozos, a quien la naturaleza se explica con más vigor y en más alta voz que la teología? Puedo jurar a usted que a proporción más clérigos mozos curamos mis colegas y yo que oficiales.

El hombre de los cuarenta escudos:

—¿No habrá medio para extirpar ese contagio que asuela a Europa? Una vez que ya se ha debilitado el veneno de las viruelas, ¿no se pudiera atacar el otro veneno?

El cirujano:

—Uno solo habría, y es que se coliguen todos los príncipes de Europa, como hicieron en tiempo de Godofredo de Bouillon. Cierto que una cruzada contra las bubas fuera mucho más conforme a razón que las que antiguamente se hicieron contra Malek-Salah, Saladino y los albigenses, y que tan funestas fueron. Más valiera concertarse para exterminar al enemigo común del humano linaje, que ocuparse sin cesar en atisbar el instante propicio para talar un reino y cubrir los campos de cadáveres por quitar a su vecino dos o tres ciudades y algunos lugarejos. Hablo aquí contra mis intereses, porque la guerra y las bubas forman mi peculio; pero antes de ser cirujano mayor soy hombre.

Así aprendía el hombre de los CUARENTA ESCUDOS a discurrir y a sentir. No solo heredó a sus dos primas, que murieron en espacio de seis meses, mas también tuvo otra herencia de un pariente lejano que había tomado a subarriendo la empresa de los hospitales del

ejército, y se había hecho rico teniendo a dieta a los soldados heridos. Tenía este un bonito serrallo, nunca se había querido casar, de ninguno de sus parientes había hecho caso, había vivido en la crápula y muerto de una indigestión. Ya se ve cuán útil sujeto era para el Estado.

Vio obligado nuestro nuevo filósofo a ir a París a recoger la sucesión de su pariente, que le disputaron los asentistas de rentas reales; pero tuvo la dicha de ganar el pleito y la generosidad de dar a los pobres de su lugar, que no tenían su cupo de CUARENTA ESCUDOS de renta, parte de los despojos del ricachón; y después quiso satisfacer el deseo que siempre había tenido de poseer una biblioteca.

Todas las mañanas leía y extractaba, y por la tarde consultaba a los doctos para saber en qué lengua había la serpiente hablado con nuestra madre Eva; si reside el alma en el cuerpo calloso o en la glándula pineal; si había estado San Pedro veinticinco años en Roma; cuál es la diferencia específica de un trono a una dominación; por qué tienen los negros las narices aplastadas; proponiéndose además no gobernar nunca el Estado y no componer folleto ninguno contra las comedias nuevas. Le llamaban M. Andrés, que era su nombre de bautismo; y cuantos le conocían alababan su modestia y sus buenas prendas naturales y adventicias. Ha levantado una casa muy cómoda en su antiguo predio de cinco fanegas; su hijo tendrá muy en breve edad de ir al colegio, pero quiere su padre que no vaya al de Mazarino por motivo del profesor Cogé, que compone libelos, y un profesor no debe componer libelos.

Madame Andrés ha parido una muchacha muy linda, que espera casar con un covachuelista de Hacienda, con tal que no adolezca del mal que quiere extirpar el cirujano mayor en toda Europa.

CONTIENDA MUY REÑIDA

Mientras estaba M. Andrés en París, se suscitó una contienda muy importante. Tratábase de saber si Marco Antonino era hombre de bien y si estaba en el infierno, en el purgatorio o en el limbo mientras llegaba el día de la resurrección. Todas las personas de forma se hicieron abogados de Marco Antonino; Marco Antonino, decían, fue siempre justo, sobrio, casto, benéfico. Verdad es que no ocupa un lugar tan alto en el cielo como el bendito San Junípero, porque en todo debe haber proporción, como llevamos dicho; pero es cierto que el alma de Marco Antonino no está cociendo en las calderas de Pedro Botero. Si está en el purgatorio, sacadle de él. No hay más que mandar decir misas por él: ahí están los jesuitas que nada tienen que hacer, que digan tres mil misas por el descanso del alma de Marco Antonino, que a tres reales la pieza les valdrán 9.000 reales de vellón. No hablemos del respeto debido a una testa coronada, que no se ha de meter en el infierno por un quítame allá esas pajas.

Los contrarios de estas personas de buena composición decían que no se le podía dar cuartel a Marco Antonino; que era un herejote; que había sido peor que los carpocracianos y los montanistas; que había muerto sin confesión; que era necesario hacer un ejemplar; que convenía enviarle al infierno para que escarmentaran los emperadores de China y de Japón, los de Persia, Turquía y Marruecos, los reyes de Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Prusia, el estatúder de Holanda y la aristocracia de Berna, los cuales así se confesaban como el emperador Marco Antonino; finalmente, que es una satisfacción inefable fulminar decretos contra los soberanos muertos cuando no puede uno lanzarlos contra los vivos por miedo a que le corten las orejas. Tan seria llegó a ser esta contienda como antiguamente la disputa de las monjas de Santa Úrsula con las del convento de la Anunciación sobre quién llevaría más tiempo entre las nalgas huevos pasados por agua sin cascarlos.

Temióse un cisma, como en tiempo de los ciento y un cuentos de la tarasca, y de ciertas letras de cambio pagaderas en el otro mundo. Cosa muy horrenda es esto de cisma, porque cisma quiere decir diferencia de parecer, y hasta este fatal momento todos los humanos habían pensado de un mismo modo.

M. Andrés, excelente ciudadano, convidó a cenar a las cabezas de ambos partidos. Era uno de los hombres más joviales que se conocían, alegre sin alboroto y el corazón en las manos, sin afectar aquella especie de ingenio que no deja lucir el de los demás, y se conciliaba cariño y autoridad con su buena gracia, su moderación y un semblante de hombre sin malicia que a todo el mundo gusta; hombre que hubiera hecho que cenaran en paz un genovés y un corso, un representante y un negativo de Ginebra, el muftí y un arzobispo de Toledo. Con mucha maña amortiguó los primeros tiros que se asestaban los convidados, mudando la conversación y diciendo chufletas que hicieron reír a los condenantes y a los condenados; al cabo, así que un dedo de vino los puso alegres, logró que firmaran que permanecería el alma del emperador Marco Antonino *in statu quo*, esto es, entre el cielo y la tierra como los duendes, hasta el día del juicio universal. Volviéronse luego a sus limbos las almas de los doctores con mucha pachorra, después de haber cenado, y todo se sosegó. Esta reconciliación llenó de honra al hombre de los CUARENTA ESCUDOS, y luego, así que se suscitaba una disputa muy terca y muy envenenada entre literatos o personas sin letras, decían a entrambos partidos: "Señores, vayan a cenar a casa de *monsieur Andrés*".

Dos facciones sé yo muy encarnizadas que por no haber cenado en casa de M. Andrés se han acarreado recíprocamente horribles infortunios.

PÍCARO ECHADO A LA CALLE

La reputación que se había granjeado M. Andrés de pacificar las contiendas dando bien de cenar, le trajo la semana pasada una visita muy extraña. Un hombre vestido de negro, de muy mal pelaje, las espaldas corvas, la cabeza torcida hacia el hombro izquierdo, los ojos aviesos y las manos muy puercas, vino a suplicarle que le convidase a cenar con sus enemigos.

—¿Pues quiénes son sus enemigos de usted, y quién es usted? —le dijo M. Andrés.

—¡Ay! —respondió—, confieso a usted, señor, que me tienen por uno de esos belitres que componen libelos por ganar un pedazo de pan, y van gritando: "¡Dios, Dios! ¡Religión, religión!" por sacar alguna prebendilla o beneficio simple. Mas me acusan de que he calumniado a los ciudadanos de religión más sincera, a los que más de veras adoran la Divinidad y a los más hombres de bien del reino. Verdad es, señor, que en el fuego de la composición, a los escritores de mi calaña se les van a veces inadvertencias de poca monta que tratan luego de errores crasos y aseveraciones inexactas, que califican de descaradas mentiras; nuestro celo es reputado una horrorosa miscelánea de picardía y fanatismo, y afirman que mientras engañamos algunas viejas bobas, somos blanco del desprecio y la execración de cuantos hombres de bien saben leer. Mis enemigos son los principales miembros de las primeras Academias de Europa, escritores ilustres y benéficos ciudadanos. Acabo de dar a luz una obra titulada Antifilosófica, impelido por la más sana intención; pero nadie ha querido comprar mi libro; todos aquellos a quienes se lo he presentado lo han tirado al fuego, diciéndome que no solamente era antirracional, mas también antidecente y anticristiano.

—Pues bien está —le dijo M. Andrés—, haga usted como esos a quienes ha presentado su libelo: tírelo al fuego y no se hable más de él. Mucho alabo su arrepentimiento, pero no le puedo convidar a

cenar con personas de talento, que no pueden quererle mal porque nunca leerán sus obras.

—¿No pudiera usted, señor, a lo menos —dijo el santurrón—, ponerme bien con la familia del difunto señor presidente de Montesquieu, cuya memoria he agraviado por glorificar al reverendo padre Routh, que fue a llenar de amargura sus últimos instantes y fue echado de la casa a patadas?

—Por vida mía —respondió M. Andrés—, ya hace mucho tiempo que se ha muerto el reverendo padre Routh; váyase a cenar con él.

M. Andrés es hombre que gasta malas pulgas cuando trata con esta raza de tontos pícaros. Conoció que el cazurro quería cenar en su casa con sujetos de mérito por entablar una disputa y luego ir a calumniarlos, a escribir contra ellos y a imprimir otras nuevas mentiras; y le echó de su casa, ni más ni menos que a Routh le habían echado del aposento del presidente de Montesquieu.

No es fácil dar dado falso a M. Andrés. Todo cuanto tenía de ingenuo y sencillo cuando era el hombre de LOS CUARENTA ESCUDOS, ahora que ha conocido a los hombres lo tiene de avisado y despierto.

LA SANA RAZÓN DE M. ANDRÉS

¡Cuánto se ha fortalecido la sana razón de M. Andrés desde que tiene una biblioteca! Vive con los libros como con los hombres: escoge en ellos y nunca se deja llevar de los nombres. ¡Qué satisfacción es tan grande instruirse y agrandar su alma por medio duro y sin salir de su casa!

Se da el parabién por haber nacido en un tiempo en que se empieza a perfeccionar la razón humana.

—¡Qué desgracia hubiera sido la mía —dice— si fuera mi siglo el del jesuita Garasse, el del jesuita Guignard, o del doctor Boucher, del doctor Aubry, del doctor Guincestre, o de los que condenaban a galeras a los que escribían contra las categorías de Aristóteles!

La miseria había aflojado los muelles del ánimo de M. Andrés, y la riqueza les ha restituido su elasticidad. Millares como M. Andrés hay por el mundo a quienes no ha hecho falta más que una vuelta de la rueda de la fortuna para ser sujetos de un mérito muy raro. Hoy día está instruido en todos los asuntos públicos de Europa, pero especialmente en los adelantamientos del entendimiento humano.

El martes pasado me decía:

—Me parece que la Razón viaja a jornadas cortas, del Norte al Mediodía, con dos sus amigas íntimas, la Experiencia y la Tolerancia, en compañía de la Agricultura y el Comercio. Se ha presentado en Italia, pero la ha repelido la congregación del Índice, y no ha podido conseguir otra cosa que despachar allá algunos de sus agentes secretos, que no dejan de aprovechar. Dentro de pocos años el país de los Escipiones no será el de polichinelas con sayal. De cuando en cuando se suscitan contra ella enemigos encarnizados en Francia; pero tiene tantos amigos, que al fin vendrá a ocupar el primer ministerio en este país. Cuando se presentó en Baviera y en Austria se encontró con dos o tres pelucones que la miraron con ojos asombrados y atontados y le dijeron:

—Señora, aquí nunca hemos oído mentar a usted, ni sabemos quién es.

—Señores —les respondió—, con el tiempo ustedes me conocerán y me querrán. En Berlín, en Moscú, en Copenhague, en Estocolmo, estoy muy bien quista; muchos años hace que por empeños de Locke, de Gordon, de Trenchard, de milord de Shaftesbury y de otros muchos, estoy naturalizada en Inglaterra, y ustedes me darán albergue un día. Yo soy la hija del Tiempo y todo lo espero de mi padre.

Cuando pasó por la raya de España y Portugal dio gracias a Dios de ver que no se encendían con tanta frecuencia las hogueras de la Inquisición, y tuvo halagüeñas esperanzas cuando vio echar de ambos reinos a los jesuitas; mas se receló que hubiesen purgado el país de raposos para entregárselo a los lobos. Si hace nuevas tentativas por entrar en Italia, se presume que empezará estableciéndose en Venecia y residirá en el reino de Nápoles, no obstante las derretiduras del país que le causan vahídos. Añaden que posee un infalible secreto para desprender los cordones de una corona que se halla enredada, sin saber cómo, en los de una tiara, y para estorbar que las hacaneas hagan acatamiento a las mulas.

La conversación de M. Andrés me agrada mucho, y cuanto más le trato, más le quiero.

DE UNA BUENA CENA EN CASA DE M. ANDRÉS

Ayer cené en su casa en compañía de un doctor de la Sorbona; del Sr. Pinto, judío célebre; del capellán de la capilla reformada del embajador báltavo; del secretario del señor príncipe Galitzin, del rito griego; de un capitán suizo, calvinista; de dos filósofos y tres señoras de mucho talento. En toda la cena, puesto que fue muy larga, no se habló palabra de religión, ni más ni menos que si ninguno de los convidados la tuviese. ¡Tan corteses nos hemos hecho y tanto tememos incomodar a los que cenan con nosotros! No sucede así con el regente Cogé, ni con el ex-jesuita Nonotte, ni con el ex-jesuita Patouillet, ni con el ex-jesuita Rotalier, ni con todos los animales de esta calaña; que estos follones más picardías dicen en un folleto de dos hojas que cosas instructivas y agradables puede decir en cuatro horas la gente de trato más fino de París, y lo que

hay que extrañar es que a nadie se atreverían a decir en su cara lo que tienen la avilantez de imprimir.

Al principio de la conversación se trató de un chiste de las Cartas Persas, en el cual, fundándose en la autoridad de varones muy graves, se repite que no solamente va el mundo a peor, mas también que se va despoblando de día en día; de suerte que a los reyes les sucederá lo que al guardián que se quedó sin ser prelado por falta de frailes. El doctor de la Sorbona afirmó que efectivamente estaba reducido el mundo a muy poca cosa, y citó en prueba al padre Petau, el cual demuestra que en menos de trescientos años uno solo de los hijos de Noé (no sé si fue Sem o Jafet) había procreado de su cuerpo una serie de hijos que ascendía a 623.612.358.000 fieles el año 285 después del diluvio universal. M. Andrés le preguntó por qué en tiempo de Felipe el Hermoso, esto es, cerca de trescientos años después de Hugo Capeto, no había ya 623.000.000.000 de príncipes en la casa real.

—Porque ha disminuido la fe —dijo el doctor de Sorbona.

Hablaron mucho de Tebas de cien puertas, y del millón de soldados que, con 20.000 carros de guerra, salía por las tales puertas.

—Apriete usted, apriete; desde que me he dado a leer, presumo que antiguamente la historia se escribía con la misma pluma que nos ha dejado las Sergas de Esplandián.

—Lo cierto es —dijo uno de los convidados— que Tebas, Menfis, Babilonia, Nínive, Troya, Seleucia eran ciudades populosas que ya no existen.

—Así es la verdad —respondió el secretario del príncipe de Galitzin—; pero también eran páramos entonces Moscú, Constantinopla, Londres, París, Ámsterdam, Lyon de Francia, que vale más que Troya, y todas las ciudades de Francia, Alemania, España y el Norte.

El capitán suizo, sujeto muy instruido, nos confesó que cuando quisieron sus ascendientes abandonar sus montañas y precipicios por ir a apoderarse, como era razón, de otro país más ameno, César,

que vio por sus propios ojos el censo de estos emigrantes, halló que ascendía a 368.000, contando ancianos, niños y mujeres.

—Hoy día, en solo el cantón de Berna, que no es la mitad de Suiza, hay otros tantos, y puedo asegurar a ustedes que la población de los trece cantones pasa de 720.000 almas, sin contar los que militan o trafican en países extraños. Y luego, señores doctos, hagan ustedes cálculos y sistemas, que serán tan erróneos unos como otros.

Ventilóse luego la cuestión de si los vecinos de Roma en tiempo de los Césares eran más ricos que los de París en tiempo de Luis XV.

—A mí me toca responder a eso —dijo M. Andrés—, que he sido mucho tiempo el hombre de los cuarenta escudos. Bien creo que los ciudadanos romanos tenían más: estos ilustres salteadores de caminos habían saqueado los países más hermosos de África, Asia y Europa, y vivían con mucha ostentación del fruto de su rapiña, puesto que no faltaban pordioseros en Roma, y estoy persuadido a que entre estos vencedores del orbe había algunos ceñidos a cuarenta escudos de renta como yo lo he estado.

—¿Sabe usted —le dijo un docto de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras— que cada cena que daba Lúculo en su salón de Apolo le costaba 157.489 reales con 12 maravedís de nuestra moneda, y que Ático, el célebre epicúreo Ático, gastaba en su mesa arriba de 940 reales al mes?

—Si así es, era dignísimo de ser electo presidente de la orden de caballeros de la Tenaza (tacaños). También yo he leído en Floro esa increíble anécdota; pero sin duda Floro nunca cenó en casa de Ático, o los copistas han viciado ese texto como otros muchos. Nunca me persuadirá Floro a que no costaba la mesa 1.000 reales al mes al amigo César, Pompeyo, Cicerón y Antonio, que muchas veces comían en su casa.

—Cabalmente la historia así se escribe.

Interrumpió Madame Andrés, diciendo al erudito que si quería encargarse de pagar el gasto de la suya con otros diez tantos, le

haría mucho favor.

Estoy persuadido a que esta noche de M. Andrés valía tanto como treinta de las de Ático, y las señoras dudaron mucho de que fuesen más divertidas las cenas de Roma que las de París. Fue muy amena la conversación, aunque algo científica, y no se trató ni de las modas últimas, ni de las ridiculeces del prójimo, ni de los sucesos escandalosos más recientes.

Se trató de raíz la cuestión del lujo. Preguntaron si era debida al lujo la destrucción del imperio romano, y se probó que lo que había destruido ambos imperios, el de Oriente y el de Occidente, había sido la teología y los monjes: efectivamente, cuando se apoderó Alarico de Roma, no se trataba más que de disputas teológicas, y cuando tomó a Constantinopla Mahometo II, con más tesón defendían los frailes la eternidad de la luz del Tabor, que en su ombligo veían, que la ciudad contra los turcos.

Hizo uno de nuestros doctos una reflexión que me dejó parado, y fue que yacían por tierra estos dos grandes imperios, mientras que subsisten los escritos de Horacio, Virgilio y Ovidio.

Del siglo de Augusto pasaron de un vuelo al de Luis XIV, y preguntó una señora por qué los autores del día, con mucho talento, no dan a luz producciones de un gran ingenio. Respondió M. Andrés que era porque las habían dado los del siglo pasado. Esta idea era aguda pero exacta, y los circunstantes la profundizaron. Luego hicieron cruel rechifla de un escocés que se ha metido a regulador de buen gusto y a crítico de Racine sin saber una palabra de francés. Con más rigor todavía fue tratado un italiano llamado Denina, el cual ha denigrado *El espíritu de las leyes* sin entenderlo, censurando más lo más apreciable que en esta obra se encuentra. Esto trajo a la memoria el desprecio afectado en que Boileau tenía a Tasso. Uno de los convidados dijo que con todos sus defectos era Tasso tan superior a Homero como, con los suyos, todavía mayores, lo es al fárrago de Grocio, Montesquieu. Se reprendieron las malas críticas dictadas por el odio nacional y las preocupaciones, y se le trató al Sr. Denina como merecía, y como tratan las personas de talento a los

pedantes. Notóse particularmente con mucha sagacidad que se versan en el examen de las obras maestras del siglo pasado la mayor parte de las obras y de las conversaciones literarias del presente. Nuestro mérito es ventilar su mérito, y somos parecidos a unos hijos desheredados que hacen la cuenta del caudal de su padre. Todos confesaron que había adelantado mucho la filosofía, pero que el estilo y el idioma se habían estragado un poco.

Estrella es de todas las conversaciones saltar de un asunto a otro. En breve desaparecieron todos estos objetos de curiosidad, ciencia y gusto ante el magnífico espectáculo que estaban dando al mundo la emperatriz de Rusia y el rey de Polonia, que acababan de levantar la humanidad abatida, estableciendo la libertad de conciencia en un país de la tierra muy más dilatado que nunca lo fue el imperio romano. Celebróse, como era debido, tamaño servicio hecho al género humano, y tan alto ejemplo dado a Gabinetes que se tienen por políticos; brindóse a la salud de la emperatriz, del rey filósofo y del primado filósofo y a la de los que los imitasen, y hasta el doctor de Sorbona los alabó, porque en este gremio se hallan a veces sujetos de buena razón, como se encontraban hombres de talento en Beocia.

El secretario ruso nos dejó pasmados contándonos todos los vastos establecimientos que en Rusia se hacían. Preguntaron luego por qué gustaba más la historia de Carlos XII, que pasó la vida destruyendo, que la de Pedro el Grande, que empleó la suya en criarlo todo. Fallamos que la razón de esta preferencia era nuestra insustancialidad y falta de meollo; que Carlos XII fue el Don Quijote y Pedro el Solón del Norte; que los entendimientos superficiales prefieren a los vastos planes del legislador un extravagante heroísmo; que les agrada menos la narración circunstanciada de la fundación de una ciudad que la temeridad de un hombre que con solo sus sirvientes arrostra 10.000 turcos; finalmente, que la mayor parte de lectores más quieren divertirse que instruirse, y por eso cien mujeres leen ridículas novelas por una que haya leído un capítulo de Condillac.

¡De cuántas cosas se habló en esta cena, que no olvidaré yo en mucho tiempo! Al fin fue preciso tocar la tecla de los cómicos y cómicas, eterno asunto de las conversaciones de las mesas de Versalles y París. Convinieron en que tan raro era un buen representante como un buen poeta, y se concluyó la cena cantando unas coplas muy bonitas que había compuesto para las señoras uno de los convidados. Yo por mí confieso que no me hubiera parecido más grato el banquete de Platón que el de *monsieur y madame* Andrés. Sin duda que se hubieran aburrido en él nuestros petimetres y petimetas, que se precian de ser gentes de trato fino; pero nunca ni M. Andrés ni yo cenamos con semejantes personas de trato fino.

FIN DEL HOMBRE DE LOS CUARENTA ESCUDOS.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB